

Aminata Maïga Ka

El camino de la salvación

Traducción de Inmaculada Díaz Narbona y Claudine Lécivain

Se despertó en el más allá. Se dio cuenta por el frío glacial, por las tinieblas que la rodeaban, por la mortaja que la envolvía y no la dejaba moverse. Olfateó su propio olor a muerta: soso y acre, nauseabundo. Le fluían humores del cuerpo, su piel se iba a jirones, se le caía el pelo a manojos sobre la tierra húmeda. Había un hervidero de gusanos hurgando dentro de ella.

Así que la muerte era eso: ¡decadencia física, parásitos, frío, soledad! Todo cuanto ignoró mientras vivió. ¿Mientras vivió? ¿Estaba realmente muerta o solo era un mal sueño, una pesadilla? Había pasado de estar viva a estar muerta con la misma sencillez, con la misma discreción con la que había vivido: operarse por la mañana, morir por la tarde. Cinco minutos antes había hablado con su hija:

—Anúdame un pañuelo alrededor de la frente. ¡Siento que me ahogo! ¡Me cuesta respirar!

El médico y el radiólogo acudieron rápidamente con su ciencia y sus aparatos. Se inclinaron sobre ella; el médico empezó a darle fuertes masajes en el pecho.

—¿Qué ocurre, doctor? —gritó la hija.

—Ha fallecido, señora.

—¿Cómo?

El niño que esperaba su hija y que la abuela no vería jamás, al que jamás bañaría, al que no daría masajes, ni mimaría como lo había hecho con su otro nieto, se estremeció en las entrañas de la joven. ¿La vida resulta tan cercana a la muerte que no se pueden disociar?

Su hija, única espectadora de la muerte de la madre, se derrumbó y lloró. Lloraba por una madre dulce, discreta, modesta. Una mujer que había sabido encarar sin protestar todas las fealdades de la vida: la humillación por parte de su marido, las exigencias de su hija, los caprichos de su nieto, la mezquindad y traición de sus amigas. Como a todas las africanas, le daba miedo operarse.

No hay nada más incierto, en efecto, que abrir un cuerpo, manipular algunos órganos, cortar parte de otros y volver a coser luego. Pero el dolor que laceraba sus entrañas y no la dejaba dormir en toda la noche le dio valor para intentarlo. ¡Experiencia que iba a ser la última de su vida! Volvía a verse joven y bella, la tez clara, color ámbar, sus pequeños senos turgentes, en forma de pera, ofreciéndose sin pudor a las caricias del viento y de la lluvia. Chapoteaba en el agua salobre del río con sus compañeras Dado y Penda; se salpicaban unas a otras con el agua que cogían formando un cuenco con las manos. De pronto oyeron un clic-clac; levantaron la mirada y vieron a un hombre delgado y negro, con casco colonial blanco, con camisa de mangas cortas y pantalón corto que apuntaba hacia ellas con una caja negra. Algún tiempo después, aquel hombre, un médico que venía a visitar a los enfermos de la comarca, les enseñó la imagen de las tres reproducida en papel satinado. Todo el pueblo miraba y volvía a mirar las fotos.

—Vaya —exclamaban por todas partes—, la ciencia del hombre blanco no tiene límites. Dios le dio la posibilidad de descubrir todos los secretos de la tierra.

Y todos querían tocar aquella caja mágica que tenía el poder sobrenatural de reproducir la imagen, las actitudes de un individuo y hacerlas eternas. «¡Este hombre solo tiene negra la piel! Es tan sabio como los blancos», decían del médico.

Un día, el médico cuyas noches estaban habitadas por la muchacha de tez color de miel y dientes de un blanco resplandeciente, no pudo resistirse a las ganas de pedir su mano. Así que envió a sus amigos Daouda y Soulèye con cinco francos y cinco kilos de nueces de cola para que fueran a saludar a los padres de Rokhaya.

Daouda y Soulèye se presentaron ante Demba, el padre de Rokhaya. Tenía el cuerpo enjuto y sarmentoso como un arbusto, pero flexible y fuerte como una liana. Estaba orgulloso de haber participado en la guerra de 1914-1918 y lucía presumido cicatrices en brazos y piernas, signos evidentes de su valentía y patriotismo.

Sus ojillos inteligentes y maliciosos atravesaban a los visitantes y luego miraban al suelo, demostrando así su discreción y su educación. Alrededor de él estaban sentados sus parientes más próximos y los notables.

En medio del círculo, en una hamaca, se balanceaba Louty, el jefe del poblado; era un hombre guapo, de unos cincuenta años, vestido con un *boubon*¹ azul añil y tocado con un turbante blanco.

—*Assalam Aleikoum*?²

—*Aleikoum Assalam*.³

—¿Cómo está la familia?

—Muy bien, la verdad sea dicha.

—¿Y los niños? ¿Y sus padres?

—¡Todos están bien, *Alhamdoulilah*!⁴

—A Dios gracias.

Después de un momento de silencio, los mismos saludos volvían a empezar con más ímpetu. Awa, la hermana pequeña de Rokhaya, una niña delgada de tez clara y grandes ojos, llegó en el momento adecuado con una jarra de metal llena de agua fresca perfumada con *daadis*,⁵ que había cogido de la tinaja de su madre. Se arrodilló delante de las visitas, esperó sin levantar la vista a que hubiesen saciado su sed, luego se puso de pie y entró en la choza de su madre.

Louty, el jefe, se volvió hacia las visitas y dijo:

—*Bissimillah*.⁶

Daouda, por ser el mayor de los dos, tomó la palabra:

¹ *Boubon*: Túnica amplia de mangas cortas que llevan los hombres y las mujeres en algunas regiones de África.

² *Assalam Aleikoum*: Saludo que significa «¿Están ustedes en paz?».

³ *Aleikoum Assalam*: Respuesta al saludo *Assalam Aleikoum*. Significa «En paz nada más».

⁴ *Alhamdoulilah*: Expresión que significa «¡Gracias a Dios!».

⁵ *Daadis*: Raíces perfumadas.

⁶ *Bissimillah*: Expresión que significa «Sed bienvenidos».

—Unos parientes han ido a ver a otros parientes para tener noticias de ellos y consolidar los lazos seculares que unen a nuestras dos familias.

—Es verdad. Nuestros antepasados estuvieron unidos por una fuerte amistad que solo la muerte vino a romper —dijo Ousmane, el hijo del viejo Demba.

—A esta visita de hoy —prosiguió Daouda— se le añade también un encargo.

—¿De qué se trata? —preguntó Louty.

—Soulèye y yo hemos venido enviados por nuestro amigo Baba el médico que, por nuestra voz, pide la mano de su hija Rokhaya. El otro día la vio en la charca, lavando la ropa con sus compañeras, y desde entonces su imagen habita en sus sueños. Quisiera convertirla en su esposa con el consentimiento y la bendición de los presentes. Como señal de respeto, ruega que acepten estos cinco kilos de las más hermosas nueces de cola y esta humilde cantidad de dinero, y manda sus saludos respetuosos. Nos ha delegado para discutir las modalidades de la boda y la determinación de la dote.

—¿Baba el médico? ¿Quién es? —preguntó el viejo Demba.

—Es el médico que vino a controlar la epidemia de viruelas que asola al pueblo —explicó Soulèye.

—¿Desde cuándo está aquí? —preguntó el viejo Mahmoudou.

—Pronto hará diez días.

—¿Cómo puede un desconocido aspirar a la mano de mi hermana? —rugió Ousmane—. ¿Cuál es su genealogía? ¿Es noble, herrero o esclavo?

—Cállate, eres demasiado joven para hablar —zanjó el viejo Demba con tono perentorio.

—Bien es cierto que es joven, pero acaba de hacer una pregunta pertinente. ¿Alguno de los dos podría responderla? —preguntó Louty volviéndose hacia Daouda y Soulèye.

—Soulèye y yo conocemos a Baba Kounta desde que éramos adolescentes. Estudiaba en la Escuela de Medicina y nosotros en la Escuela Normal, para formarnos como maestros. Aunque sea extranjero, sé que pertenece a una buena familia de Sudán y suscita admiración por su competencia profesional, su bondad y su generosidad. ¿No cabría considerar esas importantes cualidades personales antes que el nacimiento?

—Bueno, bueno, estos son los jóvenes que, por haber estudiado en la escuela de los blancos, vienen ahora a darnos lecciones —exclamó Céré.

—Decidle a vuestro amigo que nunca le daré la mano de mi hija a un individuo cuyos orígenes desconozco, y eso pese a sus conocimientos y cualidades —concluyó el viejo Demba.

—*Wallahi*⁷, tienes razón —añadió el resto de la asamblea.

—Permítanme que insista —añadió Daouda—. Piénsenlo bien. Este médico tiene una buena situación. Si le conceden la mano de Rokhaya, contribuirá a la mejora de las condiciones de vida del poblado: atenderá a los enfermos y, con su aportación financiera, elevará el nivel de vida de la familia Diallobé⁸ y de todo el poblado. Además de sus grandes cualidades, hará feliz a Rokhaya.

—Ni hablar de casar a mi hija con un extranjero —zanjó el viejo Demba.

Vestido con un *boubou* gris y raído, y con unas sandalias desgastadas en los pies, se incorporó, envuelto en su dignidad:

⁷ *Wallahi*: Expresión que significa «Por Dios».

⁸ Diallobé: Cuyo apellido es Diallo.

—Soy pobre, es verdad —añadió—, ¡pero no venderé a mi hija a un desconocido!

A los fracasados emisarios, Daouda y Soulèye, solo les quedaba apretar manos reticentes y alejarse, avergonzados y heridos en su amor propio.

El alba rosa encontró a Baba Kounta despierto. No había podido pegar ojo en toda la noche. En vano había dado vueltas y más vueltas en la cama, en vano había paseado bajo la noche del Sahel llena de estrellas y grillos, no conseguía dormir. Miles de pensamientos contradictorios hervían en su mente alterada. Le bastaba con cerrar los ojos para volver a ver la cintura esbelta y flexible de Rokhaya, la curvatura de su espalda, su pecho ofreciéndose, los *bélefete*⁹ que destacaban la cintura delgada, sus caderas en ánfora sobre unas piernas largas y bien torneadas.

El rostro liso de Rokhaya era de una pureza extraordinaria. Sus ojos negros y dulces echaban chispas de malicia. Sus dientes colocados con regularidad, de un blanco resplandeciente, eran perlas en el pequeño cofre rosa y negro de su lengua y de sus encías tatuadas con cáscaras de cacahuetes calcinadas.

Al evocarla así, en todo su esplendor juvenil, a Baba lo sacudía un deseo irresistible que lo iba consumiendo. Y al mismo tiempo sentía mucha ternura hacia esa niña-mujer. ¿Qué podía hacer para tenerla solo para él?

Lo sabía, sin Rokhaya a su lado ya no conocería ni descanso ni felicidad. La ignorancia y la vanidad mal controladas son los peores defectos. ¿Cómo un ser humano podía hacer sufrir a otro, negarlo, herirlo en su dignidad de hombre so pretexto de ascendencia?

Bien es cierto que él venía de otro país. Pero procedía de una excelente familia en la que no faltaban morabitos. Sus antepasados, a quienes les bastaba con recitar algunos versículos o desgranar las cuentas del rosario para que huyese el más valiente de los ejércitos, eran los morabitos-consejeros de los grandes emperadores del Songhai. Incluso, cuando era joven, había escuchado maravillado a los *griot*¹⁰ contar las hazañas de sus ancestros, hombres de Dios con una sabiduría sin límites, capaces de acabar con las situaciones más sólidamente arraigadas. Pero el apellido Kounta, respetado y alabado en su país, era desconocido aquí. Los *griot* de aquí, cuando recitaban la genealogía cantando las proezas de los ilustres ancestros, ni siquiera aludían a este apellido. Baba sintió cómo pesaba sobre él todo el peso y el cansancio de un ser vencido por una tradición inflexible. Pero era un hombre acostumbrado a luchar: se acostó pidiéndole a Dios que le trajera la solución ansiada para que se desvaneciera su tormento.

Con cara de no haber descansado Baba Kounta volvió a su trabajo. Dedicaba mucha atención a cada enfermo: deshidratación y diarrea de los lactantes. Viruelas, astenia y malnutrición de los adultos. Este pueblo trabajador, de campesinos, solo contaba con sus cosechas para vivir. El mijo, los cacahuetes y las judías eran cuidadosamente almacenados en los silos. Las comidas eran frugales, casi siempre cuscús con salsa de cacahuete machacado y hojas de judías. Iban pasando niños con los vientres hinchados y las mejillas flacas; sus miembros descarnados daban lástima. Viéndolos tan vulnerables por el hambre, Baba se rebelaba: ¿dónde estaba la justicia? Algunos eran ricos, otros carecían de todo. En las ciudades, algunas amas de casa no dudaban en arrojar los restos de comida a

⁹ *Bélefete*: Dos tiras de tela que servían para ocultar los genitales de las muchachas núbiles.

¹⁰ *Griot*: Poeta, cantante y músico ambulante que recita historias de su pueblo. Portador de la tradición oral.

la basura, para engordar las aves de corral, los corderos, cerdos y vacas. Otras, al contrario, con el estómago vacío y los pechos lacios estaban tan hambrientas que no tenían bastante leche para dar de mamar a sus bebés. Perdido en sus reflexiones sobre los eternos males que la humanidad sufre en los países pobres, Baba Kounta no se dio cuenta de que una mujer menuda, con grandes ojos tristes y asustados, le entregaba, envuelto en unos trapos sucios y ensangrentados, un bebé de unos tres meses. Con sus dedos finos, Baba Kounta apartó la tela que envolvía al bebé: era una niña; tenía los ojos cerrados, respiraba con dificultad, con la boca entreabierta. Presentaba una rigidez característica que no podía engañar al médico sobre la naturaleza y la gravedad de lo que padecía. Sobre el sexo de la niña había una hoja verde con poderes cauterizadores.

—¿Cómo se han atrevido a practicarle una escisión a este bebé, y además tan pequeña? —rugió Baba.

La joven madre se echó a llorar.

—Doctor, ¡es la tradición!

—¡Una tradición que va a matar a su hija! Porque a esta niña le queda poco tiempo de vida. ¡Mutilar un cuerpo tan tierno! ¡Qué locura!

—Con esta edad duele menos...

—¡Cállese! ¡No sabe lo que está diciendo!

Y Baba Kounta, con rabia contenida, se volvió hacia el bebé. Había muerto.

Ante el mutismo y la inmovilidad del médico, la madre se acercó temerosa, colocó su mano sobre el pecho del bebé y la expresión de su cara cambió por completo. Gritó su dolor y cayó al suelo.

—*¡Feeram boni o!*¹¹ —exclamó.

Así habían quedado aniquilados nueve meses de embarazo, de vómitos, de mareos y el día en que dio a luz con dolores lacerantes. La muerte había vuelto a actuar sin piedad. El bebé, víctima de la siniestra tradición, yacía con los ojos cerrados para siempre. Con cariño, Baba Kounta puso en pie a la pobre mujer y la sentó en una silla, luego le dio a beber agua. Cuando estuvo más tranquila y quieta en su silla, sin reaccionar, Baba pudo interrogarla:

—¿Cómo te llamas?

—Aïssé Diallo.

—¿Y tu marido?

—Saïdou Hane.

—¿Y la niña?

—Fatouma Hane —respondió en un hipo, con los ojos hinchados por el llanto.

—¿Dónde vives?

—En Sinthiou Manel.

Al oír este nombre, la mano del médico, que escribía a toda prisa en la ficha, se detuvo. ¿Ese no era el barrio en el que vivían Rokhaya y su familia?

—¿Conoces a Demba Diallo?

—Sí, es mi hermano mayor.

—Mi ayudante va a acompañarte para que anuncies la muerte de tu hija a tu familia. Diles a tu marido y a tu hermano Demba Diallo que vengan a verme.

La mujer, con la ayuda del enfermero, entró en el recinto donde estaban las viviendas de su familia. Con voz estridente aulló su dolor y se tiró al suelo. Los vecinos acudieron de todas partes,

¹¹ *Feeram boni o*: Expresión que significa «Mis esperanzas se han desvanecido».

sospechando el sentido de esos gritos funestos. Compartir es el centro de la vida africana. Las vecinas, compadeciéndose del dolor de su amiga, lloraban también a lágrima viva. Los hombres, al contrario, sombríos, abatidos, exhortaban a las mujeres a tener paciencia, a tener fe.

—Levantaos, ¿acaso estáis negando la existencia de Dios?

—Dios, que creó a todos los seres, dispone de ellos a su antojo, cuando les llega el momento.

—Vuestros llantos no van a devolverle la vida al bebé.

—A todos nos llamarán antes o después para presentarnos ante el Señor.

—Además este bebé es inocente, ningún pecado manchó su breve existencia.

Uno tras otro, los hombres intentaban calmar a las mujeres, pero en vano. Al final, agotadas por el llanto, se levantaron para ir a enjuagarse el rostro con el agua que había en una gran tinaja. Aïssé Diallo se sentó, rodeada por sus vecinas y parientes. El enfermero, apenado y desconcertado al mismo tiempo por esta escena, seguía de pie, respetando en silencio el dolor de las mujeres. Cuando se hubieron calmado, se dirigió hacia un hombre y este apuntó con su dedo hacia otro. Era Saïdou Hane, el padre de la niña fallecida. Después de murmurarle algunas palabras de pésame, el enfermero le participó el deseo del doctor de verlos, a él y a su cuñado Demba Diallo. Seguidos por los vecinos que habían venido a buscar el cuerpo para enterrarlo según los ritos del Islam, se dirigieron con tristeza hacia la tienda de campaña que le servía de enfermería al médico.

Baba Kounta los recibió en la entrada. Le dijo a su enfermero que sacara un banco para las visitas. Luego dejó pasar a Saïdou Hane y a su cuñado. Como hombre bien educado que era, impregnado de los valores africanos de cortesía y respeto hacia los mayores, Baba Kounta acercó dos sillas para sus huéspedes. Después de darles el pésame y acatar el ritual de los largos saludos, se expresó así:

—Ruego que me perdonen las molestias que les ocasiono, pero era mi deber hacerlo aunque solo fuese para entregarles el certificado de defunción. Supongo que saben de qué ha muerto la niña.

Los dos hombres se conformaron con mirarlo fijamente.

—Pues, de las consecuencias de una escisión. ¿Saben que pueden ir a la cárcel por homicidio involuntario?

—¿La cárcel? ¿Qué tiene que ver con todo esto? —replicó Saïdou Hane, el padre del bebé. Dios nos dio este bebé y se lo ha llevado. La escisión es solo uno de los numerosos caminos por los que se cumple la voluntad del Señor.

—Comprenderán que mi conciencia no me permite firmar el certificado de defunción y que me veo en la obligación de poner el hecho en conocimiento del representante de la Administración.

—¿El representante de la Administración blanca? ¡No, por favor, no! —rogó y suplicó el viejo Demba.

La visión de un calabozo negro y sucio le producía terror. Más que la pérdida de la libertad, Demba temía la deshonra que mancillaría para siempre su descendencia. ¡Antes la muerte que la vergüenza! ¡Jamás nadie podrá decir que un Diallobé ha estado en la cárcel!

—Díganos lo que hay que hacer para evitar la cárcel —suplicó Saïdou.

—Poseo vacas, le daré las que quiera —añadió el viejo Demba.

Para quien conoce el capital emocional que representa el ganado para un peul¹² o un tuculer¹³, no cabe duda de que el desamparo de estos hombres era inmenso.

—Diga algo —insistió Saïdou Hane.

¹² Peul: Etnia de África Occidental.

¹³ Tuculer: Etnia de África Occidental.

—Si usted consiente en darme a su hija Rokhaya en matrimonio, firmaré un certificado de defunción por muerte natural. En caso contrario, los entregaré a la justicia.

A Baba Kounta le costaba rebajarse a esa vil maniobra de chantaje. Pero ¿acaso el amor no lo excusa todo?

El viejo Demba se sobresaltó, como mordido por una serpiente. Su cuñado le apretó la rodilla. Demba Diallo se volvió a sentar, agachando la cabeza, con el rostro desfigurado por la lucha que se libraba en su fuero interno, apretando los labios. Luego levantó la cabeza.

—Que así sea —dijo—, le prometo que le concederé la mano de mi hija.

—Cumpliré con todos mis deberes hacia ella. La dote le será pagada íntegramente y siguiendo estrictamente las costumbres de aquí —dijo Baba Kounta.

Le dio el certificado de defunción. Saïdou Hane cogió en sus brazos a su hija muerta. Salieron olvidándose de darle un apretón de mano al médico. Este se dejó caer en una silla. Pensativo y apenado, se sintió avergonzado, pero la negativa de los padres de Rokhaya no le había dejado otra escapatoria. ¡Era la primera vez que actuaba con tanta vileza!

A la niña la enterraron por la noche. Saïdou la metió en su tumba. Noble y austera religión del Islam que recomienda que sea el padre quien entregue a su hijo a la tierra, el hijo quien entregue al padre o a la madre; y el esposo quien entregue a su mujer.

La aceptación de la soberanía de Dios y la sinceridad de la fe se miden por la sangre fría que uno demuestra en tan dolorosas circunstancias.

Quince días después, Soulèye y Daouda, rodeados por parientes y aliados de Rokhaya, celebraban la boda en la mezquita.

—Estos cinco francos son para vestir al suegro.

—Estos otros cinco para vestir a la suegra.

—Aquí van los diez francos de un toro para el suegro y otros tantos de un toro para la madre.

—Y finalmente aquí tienen los veinte francos y treinta céntimos para celebrar la boda propiamente dicha. Por mi voz, el doctor Kounta se compromete a cuidar de su hija —proseguía Soulèye—. Todos le tendrán envidia pero ella nunca le tendrá envidia a nadie. La tratarán con nobleza y respeto como conviene que un Kounta considere a la noble esposa que le ha sido confiada.

Después de intercambiar algunas frases llenas de cortesía, reserva y dignidad, los hombres se dirigieron hacia el domicilio de la novia para felicitar a su madre y a sus tías. Cuando terminó la oración del crepúsculo, Aïssé Diallo, la tía paterna de Rokhaya, sacó de su baúl dos retales de tela teñidos con añil por los grandes especialistas en la materia: los *sarakolé*.¹⁴

En el patio del recinto familiar ya retumbaba el ritmo entrecortado de las calabazas volcadas hacia abajo en el agua de una palangana. Las *griot* de la familia de los Diallobé entonaron el *Yella*¹⁵ y los cantos nupciales.

Entrecortaban la recitación unas letanías genealógicas que contaba el *gaolo*¹⁶ de la familia, evocando los antepasados de Rokhaya y sus hazañas. De cuando en cuando, una mujer, hechizada

¹⁴ *Sarakolé*: Etnia de África Occidental.

¹⁵ *Yella*: Canto de las mujeres tuculer.

¹⁶ *Gaolo*: *Griot* tuculer.

por el frenesí de la música, conmovida hasta el alma por la belleza de los cantos, con el cuerpo enardecido por el recuerdo de sus gloriosos antepasados, se precipitaba dentro del círculo, se contorsionaba dando vueltas sobre sí misma, balanceando los faldones de su *boubou* como alas de mariposa. Una calabaza llena de agua fue colocada en medio del círculo, y también un mortero vuelto boca abajo. Rokhaya apareció, caminando entre su tía y una anciana. Aïssé Diallo la sentó sobre el mortero, símbolo de fecundidad y abundancia, e inició el aseo nupcial. Mientras vertía agua sobre el cuerpo de la joven desde la cabeza hasta los pies, recitaba la genealogía de los Diallobé e iba enumerando las grandes cualidades de corazón y espíritu de su sobrina.

Las *griot* se desgañitaron e hicieron retumbar con más ímpetu sus grandes sortijas sobre las calabazas. Aïssé Diallo ordenó a Rokhaya que se levantara, le ciñó las caderas con una tela de percal blanco, le puso encima otra azul añil, luego un *boubou* y finalmente le cubrió la cabeza. Guiándola como a una ciega, la condujo a la choza y le hizo sentarse en la cama nupcial. Los cantos y los bailes prosiguieron hasta muy entrada la noche. El poblado se despertó al alba con tres disparos realizados por Soulèye, que había sido el primero, con Aïssé Diallo, en visitar a los recién casados. Todo el pueblo se precipitó hacia la choza. Los que tocaban el tamtan y los *griot*, muy excitados, estallaban de orgullo maltratando sus cuerdas vocales así como la piel tensa de los tambores. En un abrir y cerrar de ojos, el recinto de viviendas de la familia Diallo se vio invadido por una muchedumbre que gritaba y gesticulaba.

Aïssé Diallo salió de la choza con los ojos llenos de lágrimas, esgrimiendo, cual bandera, el paño de percal manchado de sangre. La muchedumbre clamó su alegría.

—Diallo, hija de Demba y Sira, bisnieta de Samba Laobé, el guerrero valiente que puso en fuga a numerosos ejércitos enemigos, no has desmerecido. Has seguido las huellas de tu abuela Coumba y las de tu madre, una mujer dulce y paciente que ha llevado sobre sus anchas espaldas a toda nuestra familia, sin protestar jamás. Yo, tu tía paterna, sabía que tú no me avergonzarías.

El círculo se hizo más amplio, las palmas se volvieron ensordecedoras, algunas mujeres empezaron a bailar vaciando sus cuerpos de toda energía, hasta el agotamiento; Aïssé Diallo, a la que seguía la vieja Gansiry, la primera esposa de Demba Diallo, volvió a entrar en la choza nupcial. Debajo de la cabeza de Rokhaya, que dormía acurrucada, había dinero y un pesado brazalete de oro, regalos de su marido para recompensarla por su continencia y por el sacrificio, en el altar del matrimonio, de su juventud y su candidez. Aïssé Diallo ayudó a su sobrina a incorporarse, a apoyarse contra la pared y le extendió las piernas. Con un *ñedunde*¹⁷ le dio una papilla de mijo aromatizada con raíces. Rokhaya tenía cara de cansancio, ojeras, y lloraba suavemente. Lloraba su virginidad perdida, su intimidad agredida, su juventud arrebatada. De pronto el velo de la noche cayó sobre el poblado. Solo permanecían en la choza las compañeras de Rokhaya, que entonaban, riéndose, canciones licenciosas y eróticas. Le hacían a su amiga toda clase de preguntas, curiosas por saber la sensación que la noche nupcial le había producido. Rokhaya se conformaba con sonreír.

Súbitamente, la puerta fue empujada con fuerza por Baba Kounta. Iba vestido con un gran *boubou* azul añil y con un ancho pantalón negro ribeteado de blanco. Calzaba botas negras. Al momento, como una nube de abejas, las muchachas se precipitaron hacia él. Aquella le pellizcó las orejas, esta le tiró del pelo, una le dio puñetazos en la cabeza, otra le quitó el *boubou*.

—Así que nos has arrebatado a nuestra amiga —gritó Khardiatou.

—No te dejaremos en paz hasta que pagues tus deudas —añadió Penda.

¹⁷ Ñedunde: Pequeña calabaza que los tuculer utilizan como cuchara.

—¡Tened piedad! —gritó Baba, blandiendo un billete nuevo.

Las muchachas dieron un grito de alegría y entonaron un himno que celebraba la virilidad y la generosidad de Baba Kounta. Luego, poco a poco, en grupos de dos o cuatro, se fueron marchando, dejando que la pareja disfrutase de su intimidad. El alba encontró a Aïssé Diallo levantada. En una olla estaba calentándose el agua para el baño de la novia. De vez en cuando le echaba un puñado de *gonés*¹⁸ y unos polvos rojizos para ahuyentar la mala suerte. Porque todo el mundo sabe que a los brujos antropófagos les gusta sobremanera la carne de las recién casadas, de los circuncisos y de las recién paridas. Por ello Thierno, el morabito, le había dado numerosos talismanes para proteger a su sobrina de las habladurías, del ojo pernicioso y envidioso, y para que ella pudiera congraciarse siempre con su marido. Thierno le había jurado que jamás Baba Kounta volvería a mirar a ninguna otra mujer, que ya no tendría secretos para Rokhaya y que pondría todos sus bienes a su disposición. Absorta en sus pensamientos y con una sonrisa en los labios, entró sin llamar en la choza de los recién casados. Sabía que Baba Kounta, como buen yerno, se preocuparía de que no le sorprendiesen sus suegros, y se habría retirado al amanecer. Despertó a Rokhaya y la llevó al patio trasero. Hizo que se tumbara en una vieja estera y le dio masajes por todo el cuerpo con grasa de corajo, luego la frotó vigorosamente con *ndiampé*¹⁹ y le ordenó que se sentara en un barreño con agua caliente y *gonés*. De vez en cuando le echaba un poco de agua perfumada. Finalmente le secó el cuerpo con un viejo paño y la frotó con el *ayé*²⁰ que le había dado el viejo morabito. Enteramente vestida de blanco, Rokhaya volvió a la choza. Tía Aïssé le ofreció una gran calabaza llena de papilla de mijo con leche y hierbas aromáticas.

—¡Tienes que comer bien! ¡Termínate esta papilla! ¡Tápate bien! ¡Ninguno de tus miembros puede estar al aire!

Este tratamiento duró cuatro meses. Cuando salía de la choza de la esposa, la novia, a quien engordaban, daban masajes y cuidaban, debía presentarse con su mejor aspecto, con unas formas bien redondas y la tez luminosa.

Ya había llegado para Rokhaya la hora de proceder a lavar la ropa de la novia, después de la larga reclusión a la que tuvo que someterse. Formando una larga procesión, precedida por los músicos que tocaban el tambor y por gente de casta allegada a la familia Diallobé, Rokhaya, vestida con sus mejores galas, radiante y serena, rodeada por sus amigas, se dirigió hacia el río. Dedicaron el día entero a lavar la ropa de la novia. De vez en cuando, como si la hubiesen pinchado, una lavandera se precipitaba hacia la ribera y se dejaba llevar por el frenesí del baile. Mientras que la ropa se secaba en la hierba, todas, novia y amigas, se dedicaron a cantar y bailar hasta bien entrada la noche.

Por su matrimonio, Baba Kounta había obtenido de la autoridad colonial una prórroga de su estancia en Sinthiou Manel. La epidemia de viruelas que reinaba entonces había remitido gracias a las combativas sesiones de vacunación organizadas por el médico. Rokhaya acababa de salir de la choza de la novia. Había que pensar en la vuelta. Una vez más Daouda y Soulèye fueron enviados ante el viejo Demba para expresar el deseo de Baba Kounta de llevar a su mujer a Tandia, donde ejercía su profesión. Demba Diallo les mandó a su hermano mayor Baba Gallé. El verdadero padre no puede opinar cuando se trata de los problemas de sus propios hijos. La jerarquía se respeta rigurosamente

¹⁸ *Gonés*: Raíces perfumadas.

¹⁹ *Ndiampé*: Crin vegetal que se utiliza para frotarse el cuerpo.

²⁰ *Ayé*: Agua bendita que se consigue lavando versículos del Corán.

en el África tradicional. Solo Baba Gallé, «padre designado» de los hijos de su hermano, tenía potestad para tomar una decisión. Dio su conformidad y se fijó la fecha en que se marcharía Rokhaya para el jueves siguiente. Cuando Tía Aïssé se enteró, encargó enseguida a Oumou Baïlele, la joyera de la familia, que fuera de casa en casa para comunicar la noticia a unas y a otras. Su cuñada Sira y ella se habían portado generosamente con las demás, y podían esperar que se les correspondiera. Por otra parte, durante años habían ido acumulando telas, *boubous*, joyas y utensilios para el hogar con vistas a un posible matrimonio de Rokhaya. ¡Así lo que traerían las vecinas solo sería un complemento al ya bien nutrido ajuar de su hija y sobrina!

El día fijado, las vecinas se personaron en la casa, trayendo quien un paño, quien una esterilla, quien cuencos o calabazas, acompañando todo con felicitaciones y agradecimientos hacia la madre de Rokhaya.

—¡*Handé Wella dé*!²¹ —exclamó Coumba *gaolo*, la mujer *griot*, dirigiéndose a Sira, la madre—. Quien el bien hace, el bien cosecha. Pobres y ricos te devuelven hoy tu generosidad.

Montañas de cuencos y de calabazas se amontonaban en el patio. Paños tejidos por los sudaneses habilidosos con los telares, *boubous* teñidos con añil, un joyero con sortijas, pendientes, pesadas pulseras de oro y de plata fueron expuestos ante la mirada extasiada de la muchedumbre y cuidadosamente contados.

—¡*Billabi*!²², los padres de tu marido sabrán que no van a relacionarse con una pobre —exclamó Samba Mabo, el tejedor.

—Aquí tienes dos tarros de *tiouraye*²³ que preparé especialmente para ti, Rokhaya. Échale un poco de este perfume suave a tu marido y cautívalo, así te amará aún más —dijo Oumou Baïlele.

—Mi participación se limita a seis *pendel*.²⁴ Es la más importante, ¿no? ¡*Woye Diombadio*!²⁵ —dijo Coumba *gaolo* riéndose al entregarle su regalo a la madre de Rokhaya.

Louty, el jefe del poblado, había mandado al viejo Demba su toro más hermoso en honor de Rokhaya, que se marchaba. Ousmane había mandado degollar el más gordo de sus carneros. Efluvios de salsas con carne perfumaban el aire y pronto los cuencos de cuscús humeante soportaron los asaltos de manos ávidas. Luego se acallaron los tamtanes, se marcharon los extraños que no pertenecían a la familia Diallobé. Solo quedaban en su choza el viejo Demba Diallo y su esposa, Aïssé Diallo y su marido Baba Gallé, Oumou Baïlele y Samba Mabo, los *griot* de la familia, así como Baba Kounta, sus dos fieles amigos y su mujer Rokhaya.

Baba Gallé se aclaró la voz. Hablaba en voz baja, y Samba Mabo asumía su papel de portavoz.

—Antes que nada quiero felicitar a Kounta; aunque forastero y desconocedor de nuestras tradiciones, ha tenido a bien respetarlas escrupulosamente, aceptando todas nuestras exigencias. Esto demuestra hasta qué punto le importa nuestra hija. En efecto, lo profundo de los sentimientos se mide según la importancia de los actos materiales. Por otra parte, sin que él se diera cuenta, lo he observado muy atentamente y, en honor a la verdad, solo he constatado amabilidad, respeto hacia

²¹ *Handé Wella dé*: Expresión que significa «¡Cuánta felicidad hoy!».

²² *Billabi*: Expresión que significa «Por Dios».

²³ *Tiouraye*: Incienso.

²⁴ *Pendel*: Pequeño pareo íntimo que las mujeres se ponen generalmente por las noches.

²⁵ *Woye Diombadio*: Expresión que significa «¿O no es así, novia?».

sus mayores, discreción y generosidad. En cuanto a ti —prosiguió dirigiéndose a Rokhaya—, escucha algunos consejos que voy a darte antes de que te marches a tu hogar de mujer casada. En cuanto te casas, perteneces en cuerpo y alma a tu marido. Es tu único dueño y amo. Él solo puede llevarte hacia el Paraíso en el que, por otra parte, solo entrarás si le obedeces en todo. Actúa como si fueses sorda, ciega y muda, este es el secreto de la felicidad. Mide tus palabras cuando te dirijas a él. Debes poner toda tu voluntad en darle plena satisfacción. Es la condición indispensable para que los hijos que nazcan de esa unión accedan al escalafón más alto de la sociedad. Siempre les acompañará la bendición de Dios. Tienes que saber igualmente que tu matrimonio es un cofre cuyas llaves solo tienes tú. Libre eres de desvelar tus secretos o guardarlos para ti. El matrimonio, hija mía, es un tarro lleno de m... con una fina capa de miel. El amor solo dura los primeros tiempos, luego vienen los gritos y las lágrimas, la amargura y la desesperación. Es cuando tienes que demostrar valentía, perseverancia, e incluso estoicismo. Baba, ahí tienes a tu mujer, ¡solo te pedimos sus huesos el día del Juicio Final! Aïssé y Oumou Baïlele la acompañarán hasta su nuevo hogar y se quedarán algún tiempo con ella, para inculcarle el arte de llevar un hogar. Rokhaya, tu hermana pequeña Awa se marchará contigo, será tu confidente y te ayudará. A cambio deberás cuidar de su educación. ¡Mostradme las manos para que os bendiga!

Rokhaya sollozaba en los brazos de su madre, a la que quizá jamás volvería a ver. La comitiva echó a andar mientras Sira, su madre, echaba agua sobre las huellas que dejaban las ruedas del coche, para que el nido de amor de Rokhaya fuese tan blando y fresco como el agua así derramada.

Rokhaya se instalaba en sus nuevas comodidades. Todo era motivo de asombro. Ya no había más despertares matutinos, ni idas y venidas para ir por agua. Ahora le bastaba con hacer un movimiento para que el agua saliera a voluntad. Y aquel mueble blanco que solo con encender una llama por debajo se ponía a ronronear, ¿acaso no daba agua fresca y no impedía que los alimentos se deteriorasen?

Alumbrar con un fuego de leña se había quedado en los meandros de la memoria. Numerosos quinqués alumbraban la casa cuando era de noche. Un *boy* cocinero hacía todas las faenas de cocina y de limpieza, y dos veces por semana venía una vecina para lavar la ropa y planchar. A Rokhaya solo le tocaba descansar. Ocupaba su tiempo en trenzarse el pelo, en teñirse las manos y los pies con *benna* y en dormir.

—¡Qué suerte tienes con semejante marido y tantas comodidades! Eres la única muchacha del pueblo en haber hecho tan buen casamiento. Duplica tus esfuerzos y haz que tu marido sea feliz concediéndole gustosamente todos sus deseos por pequeños que sean.

Esas fueron las últimas recomendaciones de Tía Aïssé antes de dejar a su sobrina, al cabo de un mes. Rokhaya, como buena alumna, aplicaba los consejos de sus parientes. Apenas volvía su marido del trabajo, corría hacia él para cogerle el maletín. Después le quitaba los zapatos, le traía sus sandalias y agua fresca. Le servía la comida, le troceaba ella misma la carne o el pescado, le acercaba las verduras. Le secaba el más mínimo sudor que perlaba su frente y lo abanicaba.

Rokhaya se sentía completamente feliz y no pedía nada más.

A final de mes Baba Kounta siempre le compraba a su mujer algo de ropa o unos zapatos. Volvía siempre directamente a casa, a no ser que de vez en cuando tuviera que hacer algunos desplazamientos profesionales. Tumbado en una hamaca, charlaba con su esposa de cualquier cosa.

Rokhaya no podía soñar con un matrimonio más tranquilo y estable. Nunca se hacía preguntas y tampoco se las hacía a su marido. No le pasaba ninguna preocupación por la mente. Su vida era sumisión y entrega de sí misma para la felicidad exclusiva de su marido.

La vida de los recién casados se desarrollaba sin escollos, anclada en la rutina.

Aquel día, después de almorzar, Baba Kounta le dio la noticia a su mujer: dentro de muy poco su hermano mayor Oumar Kounta iba a venir a visitarlos desde el lejano Sudán.

A Rokhaya le embargaba una gran alegría: ¡conocer por fin a un pariente de su marido, alojarlo en casa, estar atenta a lo que necesitara para así testimoniar el amor que sentía por su marido! Este es el sueño de cualquier buena esposa: no solo se casa una con un hombre sino también con el resto de su familia. Su papel es aceptar todo lo de su familia política, sin protestar.

La mujer casada es el vertedero de las basuras familiares: una cara triste al servir las comidas, una palabra más fuerte que otra pueden costarle el repudio o tener a toda la familia en su contra. Rokhaya se puso a limpiar el pequeño cuarto reservado a las posibles visitas. Para alejar los mosquitos y quitar el olor a humedad quemó incienso dentro del cuarto durante días enteros.

Oumar Kounta se presentó una noche de improviso, precedido por un chiquillo que le indicaba el camino. La pareja ya había terminado de cenar. Después de las presentaciones y los largos intercambios de saludos, Rokhaya le acercó a su cuñado una jarra de agua fresca, sin olvidar la genuflexión al uso. Luego se marchó a la cocina para prepararle de comer a su huésped.

Al día siguiente se levantó temprano, calentó agua en un cubo y lo llevó al cuarto de baño para el aseo de su cuñado.

Sobre las once Amadou, el *boy* cocinero, entró en el patio, agarrando del cuello un hermoso carnero. Rokhaya había mandado que lo comprara en honor a su cuñado. Había gastado todos sus ahorros, pero la hospitalidad es sagrada, ¡sobre todo cuando se trata de la familia política!

Más que nunca cuidaba las comidas e insistía en servir ella misma la mesa, después de lavarse, vestirse y perfumarse.

A su cuñado nada le podía faltar, ni siquiera la nuez de cola que ella le proporcionaba tres veces al día. Oumar Kounta estaba engordando. No gastaba nada, su ropa siempre estaba perfectamente lavada y planchada. Bebía agua fresca, dormía en una cama mullida, no se quedaba nunca con hambre y comía platos exquisitos que jamás había probado.

Cuando llegó solo tenía la intención de quedarse algunos días. Pero lo bien que vivía en casa de su hermano le incitaba a prolongar su estancia. Cuando un familiar triunfa en la vida, triunfa para todos, y lo suyo es aprovecharse. El trabajo duro en el campo bajo un sol ardiente, con el cuerpo empapado en sudor, los músculos doloridos por el vaivén del hacha sobre la leña, solo eran recuerdos lejanos.

Aquí descansaba durante todo el día, comía y bebía hasta saciarse, iba siempre con ropa limpia y no tenía que hacer esfuerzos. Se incrustaba cada vez más en la familia y se entrometía en la vida de la pareja. ¿Acaso no estaba en su derecho? Era mayor que Baba y estaba determinado a hacer uso de sus prerrogativas. Así fue como se percató de que Baba mimaba excesivamente a su mujer: su baúl rebosaba de vestidos y joyas. ¡Un auténtico despilfarro! ¡Y además le entregaba demasiado dinero para la compra! ¡Seguro que los ahorros que ella conseguía los enviaba a su familia! ¡Vaya idea la de casarse con una extranjera que solo iba a aprovecharse de él para enriquecer a su propia familia! ¡Si lo hubiese sabido, nunca se habría producido ese matrimonio tan dispar! Empezó a profesarle a Rokhaya un odio tenaz y evidente. Cualquier esfuerzo que ella hacía para satisfacer a su cuñado resultó inútil: le parecía que las comidas se servían demasiado tarde, que estaban demasiado frías o demasiado calientes. Le hacía reproches a cuenta de la ropa que, según él, se había planchado sin esmero y a cuenta del cuarto que no estaba bien barrido. Por la mañana al despertarse, cuando Rokhaya lo saludaba, se conformaba con un gruñido a modo de respuesta. Ella perdía la salud a simple vista. El sueño la había abandonado. A veces se quedaba despierta durante toda la noche,

preguntándose qué podía haberle hecho a su cuñado, y llorando en silencio temerosa de despertar a su marido. Era imposible hablarlo con él, porque enseguida se hubiese comentado que quería dividir para reinar. Sufrió calladamente. Cuanto más trataba de complacer a Oumar, más reproches le hacía este. Por fin decidió acudir a un morabito para que le diese algo para alejar el odio de su cuñado y predisponerlo mejor hacia ella.

Durante una semana echó discretamente el *ayé* en la comida de su cuñado. Pero no notó ningún cambio. Al contrario, este parecía ignorarla aún más y estar más unido a su hermano. Aconsejaba a Baba Kounta en todo, decidido a tomar las riendas del hogar de su hermano menor. Un día, Oumar salió hecho una furia de su cuarto, con la lengua fuera y lágrimas en los ojos. ¡Se había quemado al tragar con demasiada rapidez! Apremiada por su cuñado, que protestaba por lo tarde que se comía, a Rokhaya no le había dado tiempo de abanicar la comida para enfriarla.

A menudo Oumar Kounta comía solo ya que su hermano se retrasaba hasta la tarde, atendiendo a sus enfermos.

—¡Mujer mezquina y mala! ¡Así que quieres obligarme a marcharme, sirviéndome las comidas ardiendo! ¡Que sepas que se trata del dinero de mi hermano! ¡Todo le pertenece aquí y yo tengo todos los derechos para beneficiarme de ello! Además no me extraña que seas tan mala. ¡En dos años que mi hermano lleva casado contigo, no has sido capaz de darle un hijo! ¡Eres una mujer estéril y jamás conocerás el amor materno!

A Rokhaya la fulminó el dolor. Cayó al suelo y lloró largamente. Su hermana pequeña la ayudó a incorporarse, impotente ante su desesperación. Sabiendo que pronto su marido iba a volver del trabajo, Rokhaya fue rápidamente a echarse agua en la cara y se presentó con un aspecto amable y sereno. Baba Kounta andaba muy lejos de sospechar el drama que había tenido lugar en su ausencia.

La vecina de los Kounta, la vieja Diouldé, había notado que Rokhaya había adelgazado. Sus ojos tristes y sus ojeras, su sonrisa perdida no le habían pasado desapercibidos. Viuda sin hijos, la vieja Diouldé había encontrado en Rokhaya a la hija que nunca había tenido. Rokhaya le daba de comer y le mandaba a su sirvienta que lavara y planchara la ropa de su vieja vecina.

Estaba pues en deuda con Rokhaya por su compasión y los numerosos favores que le había hecho. La invitó vivamente a que se confiara, jurándole que iba a mantener el más absoluto de los secretos, y Rokhaya se desahogó contándole sus desavenencias: el odio incomprensible que le profesaba su cuñado, y sobre todo su preocupación por no haber concebido después de dos años de matrimonio. ¡Qué crimen no dar a luz a un niño! ¡Automáticamente se le echa la culpa a la mujer! ¡Se rechaza y aborrece la esterilidad! ¡La verdadera muerte consiste en no dejar ninguna imagen propia en este mundo! El castigo consiguiente para la mujer suele ser el repudio o la posibilidad inminente de verse adjudicada una rival; si esta última concibe, su marido y la familia la miman, satisfacen todos sus deseos, hablan maravillas de ella. Y la mujer «estéril» se ve relegada a un segundo plano, abandonada por todos, sometida a la venganza y las burlas de su rival, de su familia política, de su marido. ¿Acaso la peor calamidad para la mujer africana no es la de no procrear? Por eso se leía toda la desesperación del mundo en la mirada de Rokhaya.

La vieja Diouldé se había ganado buena fama en el arte de curar la esterilidad. Rokhaya veía constantemente un vaivén de mujeres jóvenes en casa de la anciana. Sospechaba que tenía algún don, sin saber que se trataba precisamente del que más falta le hacía a ella. ¿No decía la gente que la esterilidad de la vieja Diouldé se debía a un acuerdo que había pactado con los *djinn*?²⁶ A cambio de los conocimientos que le habían facilitado, ¡ella no pariría jamás!

²⁶ *Djinn*: Espíritus invisibles, benéficos o maléficos.

La anciana tranquilizó a Rokhaya enumerándole cientos de casos que había tratado con éxito.

Aprovechando la ausencia de Baba Kounta y de su hermano, la vieja Diouldé examinó a Rokhaya. Con sus dedos sarmentosos palpó el bajo vientre de la joven, presionando sobre los ovarios. Por tres veces echó sus cauris en una cesta. Por su posición diagnosticó el mal.

—Tienes un marido *djinn* muy celoso. Él es quien te impide procrear. Para acabar con él habrás de matar un gallo rojo. Prepararás su carne y se la darás a los niños necesitados, un lunes. Luego darás, como limosna, dos nueces de cola rojas a una mujer embarazada. Te daré unos polvos. Los diluirás en una papilla que tomarás tres días seguidos. Entonces veremos los resultados —dijo la vieja Diouldé riéndose.

Por otra parte, Baba Kounta le había mandado a su mujer un tratamiento ginecológico para su caso. ¿Cuál de estos poderes hizo efecto? Lo cierto es que al mes siguiente Rokhaya no tuvo la regla.

Como intelectual consciente de los verdaderos problemas, Baba Kounta discutía a menudo con otros jefes de servicio del futuro de su país. Así es como a veces, después de la cena, iba a casa de uno u otro para analizar, en torno a unos vasos de té, la situación política y económica de África.

—A nuestra madre África, cuna de las civilizaciones, la han relegado al último rango de las potencias. Hemos sido humillados, pisoteados, exportados hacia las Antillas y hacia las Américas para sufrir sin sueldo recogiendo algodón y caña de azúcar. El hombre blanco nos ha arrebatado nuestro café, nuestro cacao, nuestros plátanos, nuestros cacahuetes, ha violado a nuestras hijas y a nuestras mujeres, chupado nuestra sangre y nuestro sudor, nos ha arrancado nuestra energía. Ahora solo somos espectros sin sustancia, ni dignidad, ni honor. Somos los parias del mundo, echados a patadas de todas partes, insultados en todas partes, forasteros incluso en nuestra tierra. ¡Emperadores de Mali y del Songhai, *dameks*²⁷ del Cayor y del Baol, *almamys*²⁸ del Futa, cómo deben temblar todos, indignados ante el espectáculo de nuestra decadencia, de nuestra deshonra, de nuestra impotencia, de nuestro cansancio inmenso! ¡Vuestros ilustres descendientes no son más que unos criados que se doblegan bajo las órdenes de sus amos y señores! ¡Ojalá hubiéramos nacido bajo otros cielos y dentro de otra piel!

Así se expresaba Malamine, el maestro.

—Tu análisis es demasiado sombrío —contestó Alassane, el ayudante sanitario. A pesar de todo, los blancos nos han dado su saber, una mejor calidad de vida...

—No sigas. ¿Dónde dejas las civilizaciones de nuestros imperios, cuyo esplendor impactó a más de un explorador árabe? Eran tan refinadas y tan avanzadas, técnicamente, como las de cualquier país europeo —interrumpió Sidy, el empleado de correos.

—Lo fundamental es no dejarnos llevar por el desaliento. Ahora más que nunca debemos organizarnos para hacer frente al invasor y reivindicar nuestros derechos. Los frutos de nuestros sacrificios los recogerán nuestros hijos. Quizá tengan la suerte de crecer en un África libre y próspera, dirigida exclusivamente por negros... —añadió Baba Kounta.

—¿Un África independiente? ¡De momento solo es un sueño que nos gusta acariciar! Esa libertad se comprará al precio de numerosas vidas humanas: ¡los blancos no abandonarán nuestro país sin llantos ni chirriar de dientes! Cuando se hayan marchado, ¿sabremos asumir solos nuestro

²⁷ *Damek*: Título de los soberanos del Reino de Cayor.

²⁸ *Almamy*: Título de los jefes de la guerra de algunos estados históricos de África Occidental.

destino, digna y honrosamente? ¿Y si la independencia fuese un regalo envenenado, con su procesión de males: subdesarrollo, malnutrición, carencias de todo tipo? ¿Qué nos quedará después de la sangría económica que ha vaciado nuestro país durante siglos? ¿Dónde está el camino de la salvación? ¿En la esclavitud o en una libertad truncada, teledirigida?

Y las discusiones se prolongaban hasta altas horas de la noche.

El cuerpo de Rokhaya se desarrollaba conforme a su estado: sus pechos, más duros, se hinchaban bajo la camisa; sus caderas se ensanchaban, las ojeras indicaban las largas noches de insomnio en las que daba vueltas y más vueltas, buscando la postura más adecuada para encontrar el sueño que la había abandonado. Su corazón latía al ritmo de las pulsaciones del corazón de su bebé. Su rostro, más delgado, reflejaba sin embargo una intensa luz interior; colmado, satisfecho, su cuerpo era la más viva expresión de la suprema beatitud. Solo ella sabía de la dulzura de las patadas del bebé en su vientre.

Palpaba lo que debía de ser un puño o una pierna. El misterio de la vida que se desarrollaba dentro de ella la llenaba plenamente. Soportaba con estoicismo los dolores lancinantes que le molestaban en el bajo vientre. Por supuesto Baba estaba muy atento, la aconsejaba, la guiaba, pero ¿acaso no estaba sola para asumir su embarazo? La atención de su marido, por importante que fuese, no le hacía partícipe de los inconvenientes de un embarazo.

Rokhaya se sentía cada vez más sola. Ahora Baba Kounta se ausentaba de noche para reunirse con sus amigos. Volvía cada vez más tarde. Rokhaya era consciente de su incapacidad para retener a su marido en casa. ¿Se habría equivocado Tía Aïssé al enseñarle que un marido se doma por el sexo, la presentación de platos succulentos, una sumisión aparente por parte de la mujer y una cara siempre agradable?

Rokhaya había usado todos estos subterfugios, y sin embargo su marido se alejaba. ¡Quizá si ella hubiese ido al colegio, habría podido cautivarlo mejor con una conversación amena e interesante!

Al contrario, todas sus conversaciones giraban en torno a los pequeños sucesos de la vida cotidiana. La rutina se instalaba entre ellos. La sal del amor y de la novedad se había esfumado con el tiempo. Baba Kounta se alejaba de su mujer para reunirse con sus iguales, sus amigos «interesantes» que sabían charlar y estaban al día de todos los problemas de actualidad. Nafissa, la vecina, con buena intención, se había percatado de las salidas nocturnas de Baba. Como buena amiga, le había aconsejado a Rokhaya que protestara con valentía y determinación contra las salidas sospechosas de su marido.

—Todo el mundo sabe —decía ella—, que las reuniones, sobre todo las nocturnas, son el mejor pretexto para ir a ver a una amante.

Nafissa estaba dispuesta a acompañar a Rokhaya para consultar a Dioncounda, el famoso morabito sarakolé cuyo amuleto hacía verdaderos milagros para retener en casa a los maridos demasiado falderos. Bastaba con aplastar un trozo de papel debajo de una gran roca para que enseguida el hombre se sintiera cansado y agotado, y no tuviera nunca más ganas de salir. Rokhaya sin embargo tenía confianza en su marido. No pensaba que por la noche se fuese a una cita amorosa.

Un dolor punzante despertó a Rokhaya de su sueño: sus riñones latían a un ritmo infernal. Sus entrañas se retorcían. Se hizo un ovillo, con las mandíbulas apretadas y la boca abierta. Un momento de sosiego. Luego todo volvía a empezar. Sus uñas arañaban la sábana. Sin embargo ahogaba sus gritos. Le habían enseñado a sufrir en silencio, con dignidad. La fe en Dios implicaba para la mujer que soportara sin protestar el dolor más grande jamás infligido a un ser humano: parir. Pobre de la que se atreve a gritar y gemir mientras pare: será para siempre objeto de burlas de todo tipo. El niño

parido con estoicismo será igualmente estoico y digno; tendrá mil probabilidades de tener éxito en la vida. Rokhaya, al recordar todas esas enseñanzas, reprimía sus ganas de gritar. Baba Kounta se despertó por instinto. Observó a su mujer, saltó de la cama y se puso rápidamente un gran *boubou*. Ayudando a Rokhaya a andar la llevó al hospital. Se paraban cada vez que el dolor le retorció el cuerpo. A menudo ella se dejaba caer al suelo, luego se volvía a levantar cuando llegaba la calma. El hospital. La matrona. El paritorio. Un grito. Una niña había nacido.

Rokhaya ya solo vivía para su hija. ¡Cuántas noches vigilando el sueño agitado de Rabiadou, cuando le salían los dientes y durante las distintas enfermedades infantiles! La vieja Diouldé no le había ocultado que era una niña que había que «retener». Una niña que había que amarrar a la vida con determinadas prácticas. De no hacerlo, Rabiadou corría el riesgo de marcharse y volver hacia el más allá. Rokhaya no había descuidado ningún sacrificio. Había respetado escrupulosamente todas las recomendaciones de las personas dotadas con poderes sobrenaturales. Rabiadou crecía, frágil, enfermiza pero viva. Sus padres la adoraban. Baba Kounta probaba con su hija la mayoría de las muestras de medicinas que prometían vigor y fuerza. Entró en la escuela coránica y luego en la escuela francesa. Baba Kounta se rebelaba contra algunas prácticas como la escisión y el tatuaje. Quería preparar a su hija para el mundo de mañana: progresista, moderno, combativo. Seguía muy de cerca los estudios de Rabiadou, supervisaba sus tareas y le tomaba las lecciones. Le prohibía a Rokhaya que embadurnara el cuerpo de su hija, so pretexto de protegerla, con ese líquido negruzco y fétido que es el *ayé* fermentado. Sin embargo Rokhaya sabía que existía un mundo invisible que la racionalidad de los blancos nunca sabría descubrir. A escondidas seguía «protegiendo» a su hija.

Por lo demás Rabiadou les daba entera satisfacción a sus padres y a sus maestros. Era el orgullo de todo el barrio. A final de curso se llevaba todos los premios, salvo los de matemáticas. Odiaba esta asignatura y se negaba, incluso, a aprender los teoremas. Las malas notas que sacaba en matemáticas no le impedían sin embargo ser la primera de su clase. A Rabiadou le gustaba estudiar; superó con brillantez el examen final del primer ciclo de la secundaria, y después el examen final de estudios secundarios. Tímida e introvertida, estaba más a gusto en compañía de los libros que en compañía de los hombres. Baba Kounta sentía por su hija una auténtica adoración. Aunque severo en cuanto a principios y riguroso en cuanto a educación, se dejaba convencer para satisfacer los caprichos de Rabiadou. Siempre se la llevaba con él al cine, le compraba todo cuanto necesitaba. A menudo reprobaba a Rokhaya cuando ella profería, en presencia de su hija, ideas que él consideraba bárbaras o retrógradas. Baba había solicitado su traslado a la ciudad para vigilar de cerca la educación de Rabiadou. Rokhaya sufría por la influencia de su marido sobre su hija. Sentía que estaban cada vez más unidos. Sus opiniones, cuando se trataba de su hija, no se tomaban en cuenta. Rokhaya era cada vez más consciente del abismo que la separaba de su marido y de su hija. Por no haber ido al colegio de los blancos no le daban ningún valor a sus criterios. La complicidad del padre y de la hija la relegaba a un segundo plano. La única persona con la que charlaba sin problema era con Awa, su hermana pequeña.

¡Cuánto echaba de menos la época en la que Rabiadou solo le pertenecía a ella! La mimaba, la abrazaba, y ella, encantada, escuchaba cómo su madre le contaba la historia de Coumba la huérfana. Entonces obedecía sin discutir. Ahora Rabiadou había aprendido la ciencia de los blancos. Se había liberado. Pensaba que lo sabía todo. Por eso Rokhaya sintió un verdadero pánico cuando su marido la hizo partícipe de su intención de mandar a Rabiadou a estudiar a Francia.

—¿Sola en un país de blancos?

—Los estudios que ofrecen en la metrópoli son los mejores, sin comparación. Ella tiene facilidades. Tiene que seguir estudiando.

—¿Cómo puede vivir una muchacha sola en un mundo desconocido? Y además está en edad de casarse. ¿Para qué hacerle perder el tiempo con estudios?

—Basta ya de tonterías —zanjó Baba Kounta.

Llegó para Rabiattou el momento de marcharse. Su padre se tomó unas vacaciones para acompañarla y, de camino, ver la metrópoli. Rokhaya no los acompañó. Temía una despedida desgarradora. Se conformó con desgranar el rosario.

El barco alcanzó Marsella al quinto día, después de una escala en Las Palmas y otra en Casablanca. Rabiattou tenía prisa por llegar a París. Ese París que cantaban los poetas y los escritores que ella había leído. ¡El maravilloso París considerado como la ciudad más hermosa del mundo, cuna del refinamiento y de la elegancia universal! Ahí estaba por fin la ciudad tan celebrada.

Lo primero que llamó la atención de Rabiattou fue el tiempo gris y los edificios, la cara triste y poco amable de la gente. ¡Gente siempre con prisas, corriendo a sus múltiples ocupaciones! Gente que no se tomaba el tiempo de olfatear el aire fresco por la noche, pasear por las calles, respirar el olor del otoño. ¿Qué vida era esa, la del hombre agarrado al tiempo? El tiempo, tan omnipresente aquí, casi no existía en su país. Rabiattou sintió una gran decepción. En su tierra todo era alegría de vivir, colores vivos, calor humano, voces. Aquí todo resultaba descolorido, frío, desagradable, silencioso. El pudor no se conocía: los jóvenes se besaban por las calles, en el metro, frotándose uno contra otro. ¡Tampoco se conocía el respeto por los valores y la jerarquía! El hijo levantaba la voz para hablar con sus padres y les daba un portazo en las narices. ¿Cómo semejante país, cuyos valores estaban agonizando, podía pretender ser el modelo de África? «Si desarrollo significa decadencia y muerte del alma, más nos vale seguir siendo pobres y no perder nuestro humanismo», pensó Rabiattou. Sin embargo admiraba el espíritu crítico de los franceses, su sentido de la organización y de la democracia. La finalidad de la existencia aquí era disfrutar plenamente de la vida, conseguir más y más comodidades. Cada uno construía lo que le parecía su felicidad sin preocuparse de lo que les ocurría a los demás.

Cuando su padre se hubo marchado, Rabiattou hizo amistad con Josette, tan dulce y tan rubia. Juntas repasaban las lecciones, iban de excursión o al cine. Su amistad no iba más allá; no tenía nada que ver con la traviesa complicidad que la unía a Sokhna, allá en su país. La vida en común, la ausencia de barreras entre la gente, compartir las cosas, ¡todo eso tiene ventajas! Ella, que se las ingeniaba para imitar al blanco hasta en su manera de vestir y su manera de hablar, se prometió a sí misma que iba a volver a ser la negra de la que quiso renegar. Su vida le había abierto los ojos: hiciera lo que hiciera, jamás sería (fundamentalmente) una blanca. La toleraban más que la aceptaban. El orgullo de ser negra la invadió: ¿acaso generosidad, alegría de vivir, solidaridad no eran peculiaridades de su pueblo? Se daba cuenta de cuánto había podido sufrir su madre por su culpa, al actuar como un personaje al margen de su raza, de su universo. Se juró a sí misma que iba a despojarse de esta ropa ajena, que por poco la pierde y la aleja de los suyos. Esperaba con impaciencia cartas de sus padres. Su padre y su madre la animaban a que hiciera muchos esfuerzos, a que volviera después de cosechar muchos éxitos. Le advertían contra la vida facticia y las trampas de Europa, y la exhortaban a que rezara. Rabiattou, consciente de los sacrificios que sus padres habían hecho por ella, dedicaba la mayor parte de su tiempo a los estudios. Llegó un momento en el que pasaron tres semanas sin noticias. ¡Era la primera vez que ocurría algo semejante! Se hacía miles de preguntas sobre las causas de este silencio inesperado. La respuesta le llegó en forma de una carta de su madre, que había redactado su amiga Sokhna.

Querida hija:

¡Los caminos del Señor son inescrutables! Su voluntad es ineluctable. Los destinos del hombre se han tejido antes de su nacimiento. Haga lo que haga, sean los que sean los derroteros de su existencia, sigue sin saber el curso de su destino, simple brizna de hierba entre las manos de su Creador. Si tenemos esto presente, nada de lo que pueda ocurrirles a unos y a otros debe sorprendernos.

Sé que eres valiente. A partir de ahora tendrás que desempeñar el papel del hombre y de la mujer. Serás mi apoyo y mi consuelo. Dios te ha hecho responsable antes de tiempo. Como mujer adulta, ahora tienes que cargar sobre tus espaldas con el peso de la familia. En efecto, Dios ha llamado a su lado a tu padre, después de una breve enfermedad. Estaba agotado por sus interminables visitas, sus largas veladas redactando informes. ¡Ha sacrificado su vida en aras del deber y de la conciencia profesional! No dejó de llamarte y te bendijo antes de expirar.

No llores, reza por el descanso del alma de quien te lo dio todo y para quien lo eras todo.

Tu mamá.

El avión que llevaba de vuelta a Rabiattou aterrizó a la una. Un calor pesado y húmedo cayó sobre ella. Todos sus gestos eran automáticos. No conseguía convencerse de la muerte de su padre. Una vez terminados los trámites, se subió a un taxi: reparó en los arbustos raquíticos, cubiertos de polvo blanco, el ganado esquelético, tambaleándose sobre sus patas. ¡Otro año de sequía!

El taxi se detuvo delante del hogar familiar que volvía a ver en tan dolorosas circunstancias. Rígida, entró en el patio. Cientos de mujeres, sentadas en esterillas, con la cabeza cubierta con un *kaala*²⁹ y el rosario en la mano, murmuraban oraciones, con aspecto afligido.

—Es Rabiattou. Ha vuelto. ¡*Ndèye saan*!³⁰

—No solo ha perdido a un padre sino también a un amigo.

—Esperemos que soporte esta dura prueba.

Rabiattou observó un tumulto en medio del patio. Al acercarse, reconoció a su madre sentada debajo de una tela que cuatro mujeres aguantaban encima de su cabeza. Una quinta le deshacía las trenzas. Era una tía de circunstancias, que se consideraba como la hermana de su padre por los múltiples favores que él le había hecho. Las propias hermanas de Baba Kounta, que vivían en poblados alejados, aún no habían llegado. Rabiattou quiso correr hacia su madre. Dos mujeres se lo impidieron y se la llevaron hacia un cuarto.

Había un cesto colocado en un sitio visible debajo del porche. Ya tenía monedas y billetes. Rabiattou se dio cuenta de que los funerales se estaban llevando a cabo según la tradición *wólof*³¹, que se había impuesto a todas las demás costumbres. Rabiattou quiso protestar, darle una patada a ese cesto pedigüeño. No se atrevió. Al menos intentaría que el funeral de su padre no se transformase en una fiesta. Era un hombre sencillo. No le interesaba en absoluto la brillantez facticia de las ceremonias fastuosas; solo las oraciones podían serle útiles. Rabiattou se sentó, con los ojos rojos y secos. Interiorizaba sus lágrimas, negándose a darse en espectáculo.

La muerte de su padre había coincidido con el final de sus prácticas de magistratura. Empezó a trabajar poco después. Rabiattou estaba preparada para enfrentarse a la vida y hacerse cargo de las

²⁹ *Kaala*: Tela de tul ligero para cubrirse la cabeza.

³⁰ *Ndèye saan*: Expresión que indica lástima.

³¹ *Wólof*: Principal etnia de Senegal. Lengua del pueblo wólof.

necesidades de su madre. Cumplía correctamente con sus obligaciones: les abonaba su paga a los criados, pagaba las facturas de agua y electricidad, avituallaba la casa con productos de primera necesidad; resumiendo, se hacía cargo de todos los gastos del hogar. Decían de ella: «¡Solo es una chica, pero qué valiente, qué sentido de sus responsabilidades! ¡Lástima que el padre no haya podido disfrutar del trabajo de su hija!». La vida de Rabiadou estaba dividida entre su trabajo y la casa. Se esforzaba en ser igual de equitativa y metódica que su padre. Le gustaba su trabajo y se dedicaba a él plenamente, pero también le interesaba ampliar sus horizontes. Devoraba todo tipo de libros. Los sábados iba al teatro o al cine. También le gustaba asistir a conferencias, seminarios y participar en ellos. Los domingos, invitaba a sus amigos a comer *yassa*.³²

Después de comer, escuchaban música, bebían té, hablaban de economía, política, cultura, deportes. La situación política del país era lo que más les preocupaba. La generación de reemplazo que eran ellos tenía prisa por tomar el relevo.

—¡Me gustaría saber cuándo se decidirán a marcharse los barones del régimen! —dijo Racine.

—¡Ya sabes, el poder es euforizante! ¡Solo los hombres importantes pueden retirarse dignamente! Nunca hay suficientes honores. Mientras más se tiene, más se quiere.

—Además, yo ya no confío en los jóvenes. Persiguen las mismas metas que los mayores: con ganas de enriquecerse, ambiciosos, lo quieren todo en muy poco tiempo. Son auténticos buitres —añadió Rabiadou.

—Nuestro país no solo ha sido arruinado por lo insaciables que eran nuestros gobernantes sino también y fundamentalmente porque el régimen no sigue una política que corresponda a sus posibilidades. Los gastos suntuosos se han tragado todo el presupuesto. Europa aún nos tiene agarrados y por mucho tiempo —concluyó Mamadou.

Rokhaya, después de los cuatro meses y diez días de luto, seguía viviendo encerrada en su casa. Por otra parte, no estaba acostumbrada a salir. Le habían enseñado que la mujer debe quedarse en casa. Veía a su hija salir cuando le parecía, a veces incluso sin avisarla. Las salidas de Rabiadou con sus amigos y amigas la dejaban perpleja. En sus tiempos, chicos y chicas apenas se mezclaban. ¡Cuánto habían cambiado los tiempos! Quizá el contacto con los blancos había hecho de su hija una chica atrevida. O a lo mejor era el trabajo y la autosuficiencia lo que la había liberado, al ser menos dependiente de los demás. Actualmente las mujeres reivindican su igualdad con los hombres. Dan su opinión sobre todos los asuntos. Ocupan cargos importantes. ¿Quién hubiera pensado, no hace más de treinta años, que la mujer hubiese podido ocupar el sitio que ocupa ahora? Sin embargo, según Rabiadou, no por ello las mujeres se sentían satisfechas: querían la abolición de cualquier discriminación sobre el papel y en la práctica, en cuanto a legislación, empleo y, sobre todo, condiciones laborales. Rokhaya no compartía las ideas de su hija. Pero no podía condenarlas. En un mundo en el que se lucha por sobrevivir, en el que el más astuto y el más perverso le gana siempre al hombre honrado, era mejor dejar que su hija entrara en esa vorágine desenfrenada que era la vida moderna.

Racine Ly se interesaba por Rabiadou Kounta. Sentía por ella una mezcla de sentimientos, entre el amor y la admiración. Que una muchacha africana lleve a la práctica las ideas que defiende era un hecho poco corriente. Hasta donde él sabía, ella era la única en hacerlo. ¡Cuántas personas abogan por tal o cual principio, pero lo pisotean en la práctica! Admiraba también su independencia intelectual, su firmeza, su buen corazón. Admiraba su valentía y su determinación, no como aquellos

³² *Yassa*: Salsa de pollo con limón que se come con arroz blanco.

hombres que desconfían de los temperamentos fuertes. Aún no le había declarado a Rabiadou que la quería, conformándose con rodearla de atenciones, quedándose con ella los domingos cuando se habían marchado los demás amigos. Se ofrecía para llevarla en su viejo coche, los sábados por la tarde, para ir a la compra. Solos o acompañados por Sokhna, la fiel amiga de Rabiadou, iban al cine, al teatro o a bailar siempre que podían.

Por su parte, a Raby³³ no le resultaba indiferente Racine. Era un muchacho correcto, cortés, con buen tipo e inteligente. Maestro de profesión, era, según sus colegas, un excelente pedagogo, metódico y concienzudo.

Él mantenía también a su familia y vivía con su madre y sus dos hermanas, sin contar los numerosos primos, sobrinas y tías que, so pretexto de saber de ellos, se quedaban en su casa entre uno y dos meses, disfrutando de la vida fácil y agradable de la capital. Ya había presentado a Rabiadou a su familia. Sabedores de la buena fama de la muchacha, no se habían negado a la posibilidad de un matrimonio.

Así fue como las dos hermanas de Racine, Coumba y Coura, fueron enviadas a tantear el terreno y hablar con la madre de Rabiadou. Llegaron al atardecer en el momento en que Rokhaya, después de haber terminado sus oraciones, desgranaba su rosario. Respetuosamente, esperaron a que hubiese terminado.

—*Bissimillah* —les deseó Rokhaya, apretándoles las manos.

—Nuestro apellido es Ly.

—Ly —repitió Rokhaya.

—Diallo.

—Ly.

—Diallo.

—¿Qué tal se encuentra su familia?

—Bien, a Dios gracias.

—Tomen este abanico, hoy hace realmente mucho calor —dijo Rokhaya.

—En efecto —constataron al unísono las dos hermanas.

Coumba, la mayor, tomó la palabra:

—Somos las hermanas de Racine Ly.

—¿Racine Ly? Ah sí, ya sé. Es el muchacho que viene a menudo por aquí. ¿Qué tal está?

—Está muy bien, gracias. Él quiere a su hija Rabiadou y, como sus intenciones son puras, nos ha rogado que viniéramos a hablar con usted para discutir las modalidades del casamiento.

Rokhaya se disculpó y fue a la cocina para buscar unos refrescos. Después de servir a sus invitadas se volvió a sentar y tomó la palabra.

—Los pasos que las han traído hasta aquí son sagrados, porque sus motivos son serios. El matrimonio es la única gloria de la mujer. Cualquiera que sean sus conocimientos o su riqueza, solo encuentra la plenitud en el matrimonio. Por ello estoy orgullosa de que me hija les haya llamado la atención. Sin embargo, ustedes saben, igual que yo, que el mundo ha cambiado. Ahora las madres somos patitos. Vamos detrás de los hijos. No puedo darles una contestación sin haber consultado a mi hija y a mis parientes. Creo que para entonces me será posible hablar de todo esto. Pero, terminen sus vasos.

³³ Raby: Diminutivo de Rabiadou.

Acompañó a la visita hasta la calle. Cuando Rabiadou hubo terminado de comer, Rokhaya entró en su cuarto.

—¿Ya has vuelto del trabajo? —preguntó su madre.

—Sí.

—¿Estás muy cansada?

—Algunos casos que juzgar: ladrones, prostitutas sin carné sanitario, drogadictos. Jóvenes delincuentes, al fin y al cabo. Más bien deprimente.

—Precisamente quería preguntarte qué significa «doroga»³⁴. A menudo lo oigo nombrar.

—Es otro de los males que nos ha dejado Occidente. Algunos jóvenes y también algunos adultos fuman yamba.³⁵ Otros se inyectan heroína, cocaína o LSD. Otros esnifan un disolvente que llaman «guinze».

—Pero ¿por qué lo hacen?

—Para huir de la realidad y refugiarse en un mundo irreal de visiones fantasmagóricas. Esta juventud desconcertada, que está de brazos cruzados, confrontada al paro, a los cambios de nuestra sociedad, cree que así va a resolver sus problemas.

—Desde luego que así no los va a resolver.

—Pero siéntate, madre, ¿por qué te quedas de pie?

—Las hermanas de Racine Ly vinieron a casa por la tarde.

—Bueno...

—Sí. Me han informado del deseo de su hermano de casarse contigo. ¿Qué te parece?

—Es un buen muchacho.

Rokhaya salió de la habitación con una sonrisa; sabía cómo descifrar el sentido de esta respuesta. Los parientes de Rokhaya Diallo vivían lejos, a miles de kilómetros. Los de su difunto marido también. Sin embargo les escribiría para informarles de la boda de su hija. Los que podían venir, seguramente vendrían. De cualquier manera, ella les enviaría la parte de la dote que les correspondía. Llegado el momento, Elimane Kane, el amigo íntimo de Baba Kounta, desempeñaría el papel de padre.

Rokhaya mandó llamar a Adja³⁶ Marième Ndiaye, la hermana de circunstancias de su difunto marido, y a dos amigas vecinas. Gracias a su discreción y amabilidad, Rokhaya Diallo se había integrado plenamente en su nueva sociedad. Después de las bromas y los saludos al uso, Rokhaya les informó de la visita de las hermanas de Racine Ly y de las intenciones de este.

—¿Qué les contestaste? —preguntó Adja Marième.

—Que no podía contestarles sin antes haber consultado a mis parientes, amigos y badiènes.³⁷

—Hiciste bien.

—Rabiadou es una buena hija. Una muchacha inteligente. Forma parte de la elite de nuestra sociedad —dijo Adja Aïssatou.

—Por eso costará mucho dinero, sí, mucho dinero —añadió Adja Seynabou.

—¿En qué trabaja el pretendiente?

³⁴ Doroga: Pronunciación errónea de «droga».

³⁵ Yamba: Hachís o cannabis.

³⁶ Adja: Título que se le da a una mujer que ha realizado la peregrinación a La Meca.

³⁷ Badiènes: Tías paternas, en wólof.

—Es maestro —contestó Rokhaya.

—¿Cómo? ¡No irás a dar a nuestra hija a un tragatizas! ¡Además a los docentes se les conoce por ser tacaños! Siempre andan sin dinero y con deudas, de principio a final de año. Son los *badolos*³⁸ de la Función Pública —cortó Adja Marième.

—Pero...

—No hay peros. ¡Escúchame bien! Ya no estás en tu pueblo. Aquí estamos en la ciudad y las costumbres son otras —interrumpió Adja Seynabou.

—En cualquier caso, Rabiadou, por su belleza y su inteligencia, puede aspirar a un mejor partido: ministro, embajador, diputado, hombre de negocios. Esos sí que son hombres interesantes que derramarán sobre nosotras cantidades fabulosas de dinero. ¡Semejantes pretendientes podrán llevarte a La Meca, hacerte una casa, comprarle a tu hija un coche, muebles, joyas! Pero un maestro... *tcham*³⁹ —concluyó Adja Aïssatou haciendo una mueca significativa.

—Rabiadou quiere a Racine —declaró Rokhaya—. Además ella está en contra de la práctica que consiste en explotar al futuro marido...

—¡El problema de su dote no la concierne! ¡Nos toca a nosotras decidir el montante! Ahora bien, si prefieres dar a tu hija como limosna al primero que pase, eres libre —dijo Adja Marième Ndiaye.

—Y además, ¿cómo una chica tan lista como Rabiadou, que es abogada, puede rebajarse y casarse con un maestro? No se comporta como corresponde a su rango —protestó Seynabou.

—Os repito que ella quiere a su maestro, por muy maestro que sea —replicó Rokhaya.

—*Moo way!*⁴⁰ ¡Más te valdría ir a consultar a un morabito! Me da la impresión de que ese Racine os ha embrujado, a ti y a tu hija.

—Ya que parece que no vas a dar tu brazo a torcer, y ya que nos has llamado para pedirnos nuestra opinión, buscaremos un término medio —propuso Adja Aïssatou—. Has asistido a todas las bodas fastuosas que se celebraron en el barrio y sin embargo ¡las novias eran diez veces menos guapas y menos listas que Rabiadou! Pues bien, si Racine Ly quiere de verdad a Rabiadou y conoce su precio, que se atenga a nuestras condiciones. Adja Marième, ¿quieres enumerarlas?

—Son las siguientes —dijo esta última, aclarándose la voz—. Antes de que celebre la boda los padres deberán traer: un *mai bu jëk*⁴¹ sustancioso con un reloj de muy buena marca; una máquina de coser eléctrica Bernina; un televisor en color; una cama comprada en los Muebles de Francia; un radiocasete y doscientos mil francos de *warugal*.⁴²

—¡Eso es! —contestaron como un eco las demás, asintiendo satisfechas con la cabeza.

—Está claro que le toca al futuro marido correr con los gastos de la recepción en el Club de los Embajadores, incluyendo la orquesta, las bebidas, el cordero asado para la comida y el postre —añadió Adja Seynabou.

—Mi abuela solía decir que la calidad de la mujer se conoce por lo que se invierte para la celebración de la boda —concluyó Adja Marième.

³⁸ *Badolos*: Desgraciados.

³⁹ *Tcham*: Exclamación de desprecio.

⁴⁰ *Moo way*: Exclamación que indica sorpresa.

⁴¹ *Mai bu jëk*: Primer regalo.

⁴² *Warugal*: Dote.

Rokhaya, cansada, se conformaba con permanecer callada.

—Se me había olvidado —añadió Adja Aïssatou—, que el vestuario de las damas de honor lo paga íntegro el novio.

—¡Les daré buena cuenta de vuestras propuestas a El Hadji Elimane Kane y a mi hija!

—¡No son propuestas, son decisiones firmes! —puntualizó Adja Marième al marcharse.

—Madre, el ser humano en general y especialmente la mujer no puede comprarse. ¡La mujer no tiene precio! Millones y millones no pueden compensar la molestia de los embarazos, el desgarro del parto, las noches en vela cuidando de los hijos enfermos, las faenas domésticas, los múltiples sacrificios de una madre y esposa. ¡Soy un ser libre, y el precio de mi libertad no se puede calcular! Si aceptase casarme, sería por amor, por admiración y respeto hacia mi cónyuge, para compartir la vida con sus alegrías y sus penas, y no por una fortuna perecedera. ¿Damas de honor? ¿Guantes? Y ya que estamos, ¿por qué no una misa, con marcha nupcial y sacristán? ¿Somos musulmanes o cristianos? ¿Tanto nos avergonzamos de nosotros que tenemos que copiar las costumbres de otros? Madre, ¡somos tuculer y no wólof! Estemos orgullosas de lo que somos. ¡No les hagas caso a estas Adja movidas por unas aspiraciones de grandeza sin límites y que quieren aprovecharse de la situación para enriquecerse! No soy su hija. Una vida en pareja se prepara; hace falta pensar en los gastos para buscar casa, amueblarla, comer. ¿De qué viviremos si desde el principio gastamos nuestros ahorros por prestigio y vanidad? ¡Racine no podrá hacerse cargo de tantos gastos ridículos, y yo tampoco!

Rokhaya sintió como si le hubiesen dado una puñalada. Se tambaleó y se dejó caer en una silla.

Su hija ya no era una africana; asumía ideas de blancos. ¡Quería entregarse sin pedir nada a cambio! ¡Ningún hombre merecía semejante sacrificio! Algún día su hija se arrepentiría. ¡Este marido a quien quería darle todo la trataría como a una enemiga y más tarde se casaría con otra mujer más joven y más guapa!

¿Qué había hecho ella para merecer semejante afrenta? Siempre se había resignado, siempre había aceptado las exigencias de su marido. ¿No eran esas las condiciones para tener buenos hijos? Y sin embargo su hija, su única hija, se rebelaba contra ella, se negaba a obedecerle y solo quería actuar conforme a su propia voluntad.

Aprovechó una visita de Elimane Kane para comentarle la resistencia de Rabiadou. Esperaba encontrar en él a un aliado.

—Rokhaya, le doy la razón a Rabiadou. Ninguna religión pregonara semejantes gastos. El matrimonio es una unión sagrada. La ceremonia que lo formaliza debe ser la más simple y austera posible. Si la pareja se beneficiase del dinero gastado, todavía... pero no es el caso. Es para las tías y la gente allegada. Vivimos en un mundo muy duro. No son buenos tiempos para el despilfarro.

Rokhaya intentaba convencerse. Quería dejar pasar algún tiempo antes de contraatacar. Esperaba poder convencer a su hija para que aceptara la *téranga*⁴³ que le correspondía.

Varios meses habían pasado. Racine seguía visitando a Rabiadou. Sin embargo el problema del matrimonio se había quedado en el aire.

Adja Marième Ndiaye venía de vez en cuando a preguntar cómo iban las cosas. Rabiadou seguía negándose a que la «compraran», como decía.

⁴³ *Téranga*: Honores.

—¡Quieres dejarnos en ridículo a tu madre y a nosotras! —estalló Adja. Queremos que nos devuelvan el dinero, las telas, los *boolis*⁴⁴ de comidas que siempre les hemos dado a nuestras amigas cuando se casaron sus hijas.

—¡Nadie os obligó a hacerlo!

—Tu hija es un caso perdido, Rokhaya.

A menudo Adja Marième pasaba el día en casa de su «cuñada». Ningún detalle escapaba a su mirada perspicaz.

—¿Te has fijado en tu hija? —le preguntó un día a Rokhaya.

—La veo todos los días. ¿Qué le ocurre?

—¿Te has fijado en su mirada cansada, en su delgadez? Cada vez que vengo aquí, está durmiendo.

—Hay días en los que no acude al juzgado, así que aprovecha para descansar.

—Hum... Rokhaya, estos síntomas están más que claros.

—¿Qué síntomas?

—Prefiero que la llames.

Rabiatou se presentó ante las dos mujeres cubriéndose con un gran pareo.

—Rokhaya, déjanos ¿quieres? —ordenó Adja Marième.

Cuando la madre se hubo marchado, Adja Marième se volvió hacia su «sobrina».

—¿Qué te ocurre, Rabiatou?

—¿A mí? Nada.

—Claro que sí. Soy tu tía. No debes ocultarme nada. Algo sé de embarazos después de los diez que he tenido. Sé leer en un rostro los síntomas de un estado de buena esperanza. Rabiatou, ¿estás embarazada?

—Sí.

—Racine, por supuesto.

—Sí.

Al enterarse de la noticia, Rokhaya se desvaneció. ¿Quedarse embarazada acaso no era la vergüenza más grande para una muchacha? Su hija y ella misma serían durante meses objeto de habladurías en el barrio. Rokhaya sintió cómo un puñal se le clavaba en el corazón. Durante horas permaneció postrada, mirando fijamente un punto. ¿Había faltado a sus obligaciones de madre? ¿Por qué había actuado así Rabiatou? ¿Había perdido las reglas más elementales de honor y dignidad? Había actuado adrede para manifestar su independencia, para evitarle a Racine todos estos gastos que le parecían inútiles. Rokhaya procedió a sus abluciones y se sumió en la oración. Le pidió a Dios que le diera fuerzas para soportar este duro golpe que el destino, una vez más, acababa de atizarle.

Adja Marième Ndiaye, acompañada por Adja Aïssatou y Seynabou, fue aquella tarde a casa de los parientes de Racine. Avisados con antelación, estos las esperaban en el salón. También estaba, además de Coumba y Coura Ly, Awa Samb, la mujer *griot*. Este tipo de visita se realizaba exclusivamente entre mujeres. Después de los saludos al uso, Adja Marième tomó la palabra.

—Hemos venido a verlas porque su hermano Racine ha perjudicado a nuestra hija Rabiatou. Espera un hijo suyo.

—¿De cuánto está embarazada? —preguntó Coura.

—De un mes —contestó Adja Aïssatou.

⁴⁴ *Boolis*: Inmensos cuencos con comida.

—¡No deseábamos semejante acontecimiento! ¡Hubiésemos preferido que se celebrase la boda antes, aun con todo lo que supone de gastos para nosotros! ¡Dios lo ha decidido de otra manera! —observó Coumba.

—Le daremos cuenta de esta visita a nuestro hermano —dijo Coura—. Si es el autor del embarazo, sepan ustedes que lavaremos la afrenta infligida a su hija dándole un sitio entre los suyos. La boda se celebrará cuarenta días después del parto, como manda la religión.

Rabiatou dio a luz a un niño al que puso el nombre de su padre, Baba. Esperaba, como afirma la tradición, que su hijo encarnase siete virtudes o siete defectos de su difunto abuelo. Lo irreparable ya estaba hecho. Rabiatou ya no tenía derecho a los honores que se le hacen a una muchacha virgen. El bautizo, igual que la boda, se celebró con sencillez, según el deseo de la pareja. Sin embargo las hermanas de Racine habían cumplido dignamente con su deber. Todo el rencor y la amargura de Rokhaya se habían desvanecido al ver a su nieto. Su carita arrugada había conseguido tocar las fibras sensibles de su corazón. No dejaba de admirarlo y acunarlo. Cada vez que oía el llanto del bebé se precipitaba a la habitación de su hija:

—¡Dale de mamar, tiene hambre!

—No, quiero que se acostumbre a mamar a su hora.

—¡Madres jóvenes! ¡No tienen corazón! —refunfuñaba Rokhaya.

Cada mañana ponía hojas a hervir y le daba masajes a su hija después de embadurnarle el cuerpo con grasa de corajo. La usaba también para frotar el pequeño cuerpo del bebé, le estiraba piernas y brazos, le daba pellizcos en la nariz para que dejase de ser chata; después le daba un baño con agua tibia y lo enjabonaba. Este masaje hace que el adulto tenga el cuerpo más flexible y menos propenso a las fracturas y los esguinces.

Racine y Rabiatou habían conseguido encontrar una casa en alquiler. Juntos iban de tienda en tienda para comprar muebles, alfombras, adornos. Rabiatou había comprado una vajilla completa y unos cubiertos. Los recién casados pasaban gran parte de su tiempo en la casa, colgando cortinas, debatiendo la ubicación de un mueble o de un cuadro.

Rabiatou había avisado a su madre y a sus tías de que no quería ni fiestas, ni música, ni cortejo. Solo las maletas con su ropa la acompañarían. Racine vino a buscarla con el bebé por la noche. Se despidió de su madre con sencillez, como para ir a trabajar. Pretendía despojar su vida de todos los falsos problemas que eran un retraso para su sociedad.

La casa de los Ly tenía un salón y tres habitaciones. El salón era coqueto, con sillones de color marrón; de las ventanas colgaban unos visillos de tul blanco y unas cortinas de terciopelo marrón y beige. Las paredes estaban adornadas con cuadros de pintores jóvenes; en un rincón estaba el televisor, y en otro, bien ubicado, el tocadiscos y la lámpara de pie. El dormitorio solo tenía una cama, un armario y una coqueta de madera lacada en blanco. En el segundo cuarto, para el bebé, una cuna y dos cómodas. En cuanto al tercer dormitorio, de momento hacía las veces de almacén: sacos de arroz, de patatas y de cebollas se codeaban con tarros llenos hasta rebosar de ajos, pimienta y sal.

Los amigos de Racine y Rabiatou no habían perdido la costumbre de venir a comer *yassa* los domingos. Sabían apreciar la acogida, los buenos platos, la música suave y cautivadora que desprendía el excelente tocadiscos de los Ly.

Después de las comidas, a veces acudían todos a ver algún encuentro de lucha o un partido de fútbol.

Un día, aprovechando que Rabiadou había ido a la cocina, Lamine dijo, dirigiéndose a Racine:

—Oye, ya estamos hartos de ir arrastrando a las mujeres con nosotros. Nosotros dejamos a las nuestras en casa. ¿Por qué te empeñas siempre en llevar contigo a Raby y a su amiga Sokhna, y de camino imponernos su presencia?

—Porque este es el deseo de mi mujer.

—Vosotros exageráis actuando como los blancos. Aquí estamos en África, los hombres salen sin sus mujeres.

Cuando Rabiadou entró, Lamine cambió de conversación.

Otro día fue Mamadou, el soltero, quien volvió a abordar el problema, siempre a escondidas de Rabiadou.

—Raby es muy buena pero es como un perrito faldero. No podemos ir a ningún sitio sin que se venga. Viste el otro día la chica con la que bailé en el Cisne Azul. Yo quería seguir cortejándola, acompañarla a su casa, pero con tu mujer delante no me atreví. Y además había otra, vestida de malva, que no estaba nada mal. Solo te miraba a ti. Evidentemente tú no la viste; estabas pendiente de tu mujer.

—Ella es mi mujer, yo la quiero y me parece normal salir con ella —replicó Racine.

—Salvo Mamadou, todos estamos casados —interrumpió Youssouf—. Y salvo casos excepcionales, nunca nos ves salir con nuestras esposas. A la mujer le toca quedarse en casa. Cuando estamos solos podemos discutir de los problemas sin que nadie nos moleste.

—¡Me sobrepasa que unos intelectuales razonen como lo estáis haciendo!

—Intelectuales, intelectuales... No por ello hemos dejado de ser negros —contestó Lamine.

—¡Dejadle que haga lo que quiera! Aquí es la señora la que lleva los pantalones —concluyó Mamadou.

Y todos soltaron una carcajada.

Rabiadou era una mujer honrada. Amaba a su marido. Su concepto del matrimonio podía resumirse de la siguiente manera; no ocultarse nunca nada el uno al otro y estar juntos siempre, en cualquier circunstancia.

Cada fin de mes le entregaba su sueldo a su marido. Los dos calculaban los gastos de primera necesidad y Rabiadou administraba el dinero que apartaban para estos gastos. Racine ingresaba el resto en la cuenta de ahorros que habían abierto.

El domingo siguiente, todos los amigos, menos Youssouf, se encontraron como siempre en casa de los Ly.

—¿Dónde está Youssouf? —preguntó Rabiadou.

—No ha podido venir y ruega que se le disculpe —contestó Mamadou.

—¿No estará enfermo?

—No, solo un contratiempo.

Lamine se puso a husmear.

—¿Qué es ese olor tan agradable que llega hasta mis narices? ¡Qué bien huele!

—Es nuestra mujercita.

—Hum... Es un perfume realmente embriagador. ¡Cuidado!, el pequeño Baba solo tiene tres meses. ¡No es el momento de darle un hermanito o una hermanita! —bromeó Mamadou.

—¡Entiendo ahora por qué nuestro amigo y hermano Racine siempre está en casa! —puntualizó Lamine.

Aprovechando que Rabiadou había ido a la cocina, Racine habló con Lamine:

—Youssouf no suele quedarse en casa un domingo. Dime de verdad por qué no ha venido hoy.

—Boy, eres demasiado curioso. Youssouf ha encontrado a una *drianké*⁴⁵ que lo mimaba. Nos invitó a cenar anoche. Era para verlo: chuletas asadas, pollos asados, *tiouraye*, *gongo*.⁴⁶ De todo.

—¡Te olvidas del *dialy*!⁴⁷ —añadió Mamadou.

—Se está pegando la buena vida, por lo que veo. Y Rama, su mujer, ¿lo sabe? —preguntó Racine.

—¡Claro que no! ¡Qué ingenuo eres! —replicó Lamine, molesto.

—No entiendo cómo, estando casado, se puede aspirar a llevar vida de soltero: cortejar, salir solo para ir a bailar, volver a casa tarde. No es honrado. Cualquier tipo de vida implica una elección. Uno no puede impunemente mofarse de su familia y de sí mismo. La *drianké*, y todos lo sabéis, es una auténtica tragadora de billetes. Solo la corteja gente de dinero. ¿Dónde va a encontrar Youssouf tanto dinero?

—Pues parece que lo tiene. ¡Ayer por la noche los *billetes azules*⁴⁸ y los *rosados*⁴⁹ llovían sobre el *dialy*!

—Mira, Racine, tú no sabes vivir. Te han atado a la pata de la cama. Nosotros somos jóvenes y queremos disfrutar plenamente de la vida. ¡Es tan corta! Y además, el mismo menú termina cansando. Hay que saber probar otros.

La vuelta de Rabiattou al salón interrumpió el discurso. La joven traía un cuenco con arroz al curry aún humeante.

—¡Ah, nuestra mujercita! —exclamó Mamadou. Te seremos fieles hasta la muerte. Puedes estar tranquila, ¡nunca tendrás rival ninguna! ¡Eres la única que cuenta!

—¡Así es como concibo a la mujer! ¡Hermosa, inteligente y buena cocinera! ¡Tienes realmente mucha suerte, Racine! —exclamó Lamine.

Sobre las tres, los amigos se prepararon para acudir al espectáculo de lucha como todas las semanas. Rabiattou se había levantado temprano para ir a la compra y preparar la comida y no se encontraba bien. Prefería echarse a dormir una siesta. Lamine no pudo disimular su alegría:

—Menos mal, es la primera vez que tu perrito no se nos ha pegado.

El coso estaba lleno a reventar. Sentadas en el mismo suelo una decena de mujeres cantaban y tocaban las palmas. Exaltaban la fuerza de los luchadores, los animaban a mostrar su valentía, yendo, dentro del círculo, a desafiar a sus contrincantes. Un luchador ataviado desde la cintura hasta los pies con pañuelos multicolores, a cual más bonito, bailaba, giraba sobre sí mismo seguido por sus jóvenes adeptos y precedido de un músico que tocaba el *tama*.⁵⁰ Después de haber recordado su genealogía, al mismo tiempo que hacía sobresalir sus bíceps, recitaba más que cantaba:

—¡Soy el León del Sahel y he aplastado al Tigre de Pikine! ¡Vencí tres veces a Boy Serer! ¡Aplasté cuatro veces a Doudou el Valiente a quien tanto alaban! Nadie me supera en toda la comarca.

Todos los luchadores presentes entraban uno tras otro en el círculo cantando, bailando cada uno su himno. Aquel día la lucha oponía a Boy Bambara con Boy Tuculer. Cada uno bailó y cantó su

⁴⁵ *Drianké*: Cortesana.

⁴⁶ *Gongo*: Polvos afrodisíacos que usa la mujer senegalesa.

⁴⁷ *Dialy*: *Griot* que toca una especie de laúd.

⁴⁸ Billetes azules: Billetes de 5000 francos africanos.

⁴⁹ Billetes rosados: Billetes de 10 000 francos africanos.

⁵⁰ *Tama*: Pandereta senegalesa.

propia fuerza y su valentía, aclamado por sus partidarios. Para honrar a su campeón, las mujeres arrojaban al círculo los pañuelos que llevaban en la cabeza, sus zapatos e incluso sus joyas.

Los dos luchadores ocupaban cada uno un rincón en el círculo, rodeados por sus representantes y sus asesores. Iban desnudos, exceptuando una tela a modo de taparrabo. Iban rodeados de tarros, botellas, cuernos de carneros. Se ponían un líquido por todo el cuerpo, se liaban alrededor del brazo o de la pierna un amuleto que les había dado su morabito para hacerlos invencibles. El árbitro pitó. Los dos luchadores se enfrentaron. Agachándose con los brazos caídos, avanzando, echándose hacia atrás, removían el aire con las manos, buscando agarrar una pantorrilla, un brazo o un trozo de tela. De pronto, rápido como el gavián, Boy Bambara agarró a Boy Tuculer, lo levantó y lo tumbó en el mismo suelo. Los amigos del campeón invadieron el círculo; y llevando al vencedor a hombros, le dieron una vuelta de honor por el coso. Los comentarios se multiplicaban. Cada cual admiraba la fuerza o la técnica de uno u otro. Racine estaba disgustado:

—Este no es un tuculer; un tuculer a quien le ganan, ¡imposible!

—¿Y qué? —dijo Lamine—. ¡No por ser tuculer se es invulnerable!

—Este excesivo sentido del honor y de la dignidad os perjudicará. ¡Ya no se lleva! —dijo Mamadou.

—¿Y si fuéramos a ver a Youssouf y a su *drianké*? —sugirió Lamine.

—No me apetece —refunfuñó Racine.

—Venga, así se te quitará el disgusto.

Cuando cruzaron el umbral, los amigos fueron asaltados agradablemente por los efluvios de *tiouraye* que se elevaban en nubes del incensario de arcilla colocado en un rincón del dormitorio. Enfundado en un gran *boubou* de fiesta blanco y almidonado, Youssouf estaba tumbado en un sofá a ras de suelo, con la cabeza apoyada en los muslos de su *drianké*. Negra como el ébano, con los dientes de un blanco resplandeciente, esta le acariciaba el pelo y lo abanicaba. En una estera colocada en medio del cuarto estaba el *dialy*, que tocaba su *khalam*.⁵¹ El *griot*, que estaba un poco adormilado, mecido por las notas de su instrumento de música, se sobresaltó y, aclarándose la voz, lanzó un grito en honor del favorito.

—Hola Youssouf —dijo Lamine. ¡Realmente estás en el paraíso!

—Bien es verdad —replicó Youssouf presentando a Racine a la anfitriona.

La *drianké* le pidió a su amiga Soukeyna que sirviera zumo de jengibre con azúcar, perfumado con azahar y nuez moscada, así como brochetas de cordero. Las dos mujeres animaban a sus invitados a saciar su sed, charlar y comer.

Habiendo observado el silencio triste de Racine, Soukeyna se sentó a su lado y empezó a bromear con él. Embriagados por la música, el incienso, satisfechos con su velada, los amigos se marcharon a medianoche.

Rokhaya estaba acostada, enferma. La edad y el sufrimiento habían dejado sus huellas en las numerosas arrugas que surcaban su rostro. Unas ojeras negras y profundas marcaban sus párpados. El insomnio la debilitaba, el dolor, como una fiera, la acechaba a partir del atardecer, consumiendo sus entrañas. Al oír las voces de su hija y de su yerno, se incorporó en la cama con una triste sonrisa en el rostro.

⁵¹ *Khalam*: Pequeño laúd.

—Buenos días, madre. ¿Cómo te encuentras hoy?

—Estoy mejor, gracias a Dios.

Rabiatou no se dejaba engañar. La salud de su madre empeoraba. El pequeño Baba correteaba por el dormitorio, tocándolo todo.

—Estate quieto —sermoneaba su madre.

—¡Deja a mi pequeño marido en paz! ¡Que lo rompa todo si quiere!

—Madre, quiero presentarte al doctor Sy, es uno de nuestros amigos. Lo hemos traído a casa para que te vea.

La pareja los dejó solos y se marchó llevándose al niño de la mano. El médico salió después de media hora larga.

—Voy a recetarle sedantes. Preferiría que ingresara en el hospital. Me temo que haya que operar.

Rabiatou iba al hospital todos los días, a mediodía y por la tarde. Rokhaya se había percatado de que su hija estaba otra vez embarazada.

—Descansa, no vengas mañana —le suplicó.

Rabiatou no la oía. Un hijo jamás se sacrifica lo suficiente por sus padres. Todos los análisis estaban hechos. La operación estaba programada para el día siguiente.

Ya hacía casi seis meses que había muerto Rokhaya. Rabiatou llevaba su embarazo con dificultad. La muerte repentina de su madre había tenido sus repercusiones. Tenía mareos y vomitaba sin parar. Ya no salía. Los amigos ya no venían a la casa los domingos. Al contrario, se llevaban a Racine fuera del hogar. Este volvía cada vez más tarde. Ya casi no comía en casa. Cuando se quedaba no abría la boca y se pasaba el tiempo leyendo los periódicos. Rabiatou había hecho su examen de conciencia. No veía nada que reprocharse. Una noche decidió hablar con su marido.

—Racine, ¿qué te ocurre? Has cambiado. ¿Te pasa algo?

—Son imaginaciones tuyas.

—Entonces, ¿por qué sales?, ¿por qué pareces enfadado?, ¿por qué estás siempre callado?

—Hablas demasiado. Déjame tranquilo.

Rabiatou sufría. Racine ya no la quería. Racine se alejaba de ella. Sospechaba que los amigos eran la causa de ese conflicto en ciernes. Quizá ella fuese demasiado europea, y no bastante africana. Sin embargo no era de esas mujeres que se negaban a compartir los gastos del hogar, muy al contrario. ¿Acaso Racine pertenecía a ese grupo de hombres que se cansan pronto del matrimonio? Sin embargo no le faltaba de nada en casa. Rabiatou era una buena ama de casa. Había orden y limpieza en su hogar. Gastaba grandes sumas de dinero en productos de limpieza, vigilaba de cerca a los criados para que limpiasen los cristales y quitasen el polvo de los muebles. Había numerosas sábanas y toallas en el armario. Era agradable vivir en la casa; al menos así lo pensaba ella. No recordaba una sola pelea con su marido. Sin embargo notaba que Racine se le escapaba como la arena entre los dedos. No podía contárselo a nadie. Sabía la respuesta que le darían. Encerrada en su silencio y su soledad, permanecía sentada en el salón durante horas, con los ojos puestos en el reloj: la una, las dos de la madrugada y Racine aún no había vuelto. Se habían esfumado las ilusiones de su juventud, su dignidad y su amor propio estaban siendo pisoteados. ¿Qué hacer? ¿Abandonar a su marido para irse a vivir sola con sus hijos? Tenía suficientes recursos económicos como para hacerlo. Pero no tenía el derecho de privar a sus hijos de su padre. Una mujer soltera tenía que hacer frente a múltiples problemas: un sinfín de pretendientes de todas las clases sociales y mucha soledad eran su pan de cada día.

El silencio de Racine, su negativa a explicarse la desconcertaban. De creer en los poderes de los morabitos, hubiese ido a ver a alguno.

Quizá alguien les había echado un mal de ojo. Quizá, a menudo lo había oído, alguien había enterrado en un cruce de caminos un amuleto para separarlos. ¿Pero quién era ese enemigo oculto?

Rabiatou iba por su séptimo mes de embarazo. Se encontraba cansada y pesada. El desconcierto y la tristeza se leían en su rostro. Se marchitaba, su tez se había vuelto del color de la ceniza. Se sentía huérfana, por la muerte de sus padres y por la falta de amor de su marido.

Todos sus sueños se veían aniquilados. Sentirse extraños uno con el otro, ya no tener nada que decirse, eso era un calvario.

Racine volvía a horas muy tardías, se aseaba, se acostaba dándole la espalda y empezaba a roncar. El pequeño Baba, el embarazo de Rabiatou, todo le era indiferente.

Una noche Rabiatou estaba como siempre sentada en el salón rumiando su pena. Estaba sola. El pequeño Baba se había dormido. Alguien llamó a la puerta. Rabiatou se levantó con dificultad, apoyándose en los brazos del sillón porque los esfuerzos, por pequeños que fueran, la cansaban. Abrió la puerta. Era su amiga Sokhna. Se abrazaron y se fueron al salón.

Rabiatou quiso levantarse para servirle algo de beber. Con un gesto, Sokhna la detuvo.

—No tengo sed. Gracias.

—¿Qué te trae por aquí a esta hora? Espero que no haya problemas en tu casa.

—No, no, todo va bien.

—Rabiatou, eres mi amiga de siempre, cuando éramos pequeñas compartimos la misma cama. Nuestras dos casas fueron indistintamente un hogar para la una y para la otra. Fuimos inseparables desde nuestra más tierna infancia. Tu felicidad es la mía, tu desgracia la comparto y me apena. Precisamente hoy ha ocurrido una desgracia. Tengo que decirte de viva voz lo que se murmura en la ciudad. Tu marido tenía que haber sido el primero en informarte. Ha faltado a su deber. Te ha traicionado vilmente. Rabiatou, Racine ha tomado una segunda esposa, una *drianké* que se llama Soukeyna Sall. Ha alquilado para ella una casa que ha amueblado con un lujo insolente.

—¿Racine? ¿Casarse? ¿Una casa? ¡Con el dinero de nuestros ahorros! ¡Traidor! ¡Miserable!

Rabiatou se levantó, se tambaleó, se cayó hacia atrás. Sokhna se precipitó, la sacudió. Permanecía inerte. Sokhna salió corriendo a la calle, gritó. Alertados, los vecinos acudieron. Sin poder reaccionar, Sokhna indicó con el dedo la dirección del salón. Entre la muchedumbre había un médico. Se acercó, le levantó los párpados, le cogió el pulso. Se incorporó lentamente: «Ha muerto. Infarto de miocardio». Sokhna se echó encima de su amiga y aulló como un animal. Luego salió corriendo.

Al día siguiente, en el diario nacional apareció el siguiente titular: «Una muchacha llamada Sokhna Sow fue encontrada en un pozo al que se tiró ayer por la noche. De fuentes fehacientes, la víctima tenía perturbadas sus facultades mentales».

Thies, Conakry, Dakar.

Septiembre de 1977-diciembre de 1980.

Sobre la autora

Aminata Maïga Ka nació en 1940 en San Luis de Senegal, en el seno de una familia musulmana y universitaria. Profesora de Inglés, realizó sus estudios universitarios en la Universidad de Dakar y en Estados Unidos. Militante en política y en la causa feminista, ocupó varios cargos de especial relieve, como secretaria de Estado de la Condición Femenina o consejera técnica en el Ministerio de Educación Nacional en Senegal, así como en organismos internacionales. Falleció en 2005 en Gran Yoff, Dakar.

En 1985 se publicó su primera obra, *La voie du salut et Le miroir de la vie*, a la que siguió, en 1989, *En votre nom et au mien*, novela que recogía sus inquietudes ante la continuidad de la práctica de los matrimonios concertados, y *Brisures de vies*, en 1998. Además, escribió numerosos ensayos sobre la condición femenina en Senegal y críticas literarias sobre las obras de Mariama Bâ y Aminata Sow Fall.